

CRISTIANDAD

Año XXXII - NUMERO 551

BARCELONA

ENERO 1977

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



LA IGLESIA DOMESTICA

LA FAMILIA CRISTIANA SEGUN EL VATICANO II

El Pueblo de Dios

El concepto de la Iglesia como pueblo de Dios da unidad y define la orientación de todo el conjunto de enseñanzas y declaraciones del Concilio Vaticano II. Ilumina por lo mismo el profundo y admirable mensaje que dirige el Concilio a la familia cristiana en nuestra situación contemporánea.

El misterio de la Iglesia se contempla desde la perspectiva del designio eterno de Dios, que habiendo creado por libérrimo designio de su sabiduría y bondad el universo para hacernos partícipes de su vida divina, envió a su Hijo para redimirnos y restaurar en El todas las cosas, que santifica y renueva constantemente por el Espíritu Santo. La Iglesia es la multitud de la humanidad reunida a modo de asamblea de los hijos de Dios, en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La Iglesia es, así, consumación y continuidad de la Encarnación del Hijo de Dios. Y puesto que Cristo es verdaderamente Dios y hombre, y su divinidad invisible se muestra corporal y sensiblemente en su humanidad, así la Iglesia es también divina y humana, espiritual y visible, orientada a lo eterno y viviendo en el tiempo.

El Reino de Dios que es la Iglesia es simbolizado en la Escritura por las imágenes del rebaño y del campo cultivado por Dios, de la viña cuyos sarmientos reciben la savia de la única vid que es Cristo, de la casa de Dios en la que habita con nosotros, de la santa ciudad de Jerusalén celeste que es nuestra Madre.

San Pablo presenta especialmente la Iglesia como el Cuerpo que tiene a Cristo por Cabeza, y en el que una multitud de miembros diversos viven de una misma vida y son animados por el mismo Espíritu. Este Reino de Dios y Cuerpo de Cristo es también según la Escritura el pueblo de Dios. Preparado y prefigurado en la antigua economía por el pueblo israelita, descendiendo según la carne de los Patriarcas que recibieron las promesas de Dios para la humanidad cumplidas en Cristo,

SUMARIO

LA FAMILIA CRISTIANA SEGUN EL VATICANO II

Francisco Canals Vidal

INDISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO

José M.^a Petit Sullá

EL CORAZON DE JESUS DEFENSA DE LOS ATAQUES CONTRA LA INDISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO

Enrique Ramière, S. I.

LA VIDA FAMILIAR

Dolores Voltas

LA ADVOCACION DEL TEMPLO DE LA SAGRADA FAMILIA

Juan Bassegoda Nonell

SI QUIERES PAZ, DEFIENDE LA VIDA

Paulo VI (Frag. del Mensaje de 1-1-77)

CONTRA LUJURIA, CASTIDAD

Roberto Cayuela, S. I.

EN EL ESTABA LA VIDA...

Fr. Antonio de Lugo, O. S. H.

AL MEDIO SIGLO —1917 EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA— LA NUEVA IDEA-FUERZA DE CRISTO REY CORONA LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA. SU SANTO Y PROFUNDO CONTENIDO. LXII

Luis Creus Vidal

SOÑANDO CON EL BUEN FRAILE TOMAS (VII)

M. M. Doménech, I.

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.º - (10)

Teléfono 317 47 33

Director: Fernando Serrano Misas

el pueblo de Dios que es la Iglesia, el nuevo Israel según el Espíritu, es «el linaje elegido, regio sacerdocio, nación santa y pueblo conquistado».

Por esto los miembros de este pueblo escogido son partícipes de la misión de Cristo: de su sacerdocio o función mediadora entre la humanidad en pecado y Dios, de su carácter de profeta que anuncia el evangelio del Reino de Dios, de su dignidad regia por la que está llamado a someter todas las cosas, por El mismo, a Dios Padre

Para comprender a la luz de este concepto del pueblo de Dios la vocación de la familia cristiana, hay que tener en cuenta que este «sacerdocio» del que participa todo cristiano como hijo de Dios y miembro del Cuerpo de Cristo, es diverso y análogo respecto del sacerdocio ministerial que se comunica por el orden sagrado. No se trata de un grado inferior por el que los laicos sean también «sacerdotes» al modo de los que reciben este ministerio jerárquico. En el «real sacerdocio», participación de la dignidad regia y sacerdotal de Cristo todos los cristianos están insertos por el bautismo al ser hechos hijos de Dios, miembros del cuerpo de Cristo y ciudadanos del pueblo de Dios que es la Iglesia.

Carácter apostólico de la vocación cristiana

De aquí se deduce que todo cristiano adquiere por el bautismo una vocación de testimonio y apostolado, para el que es nuevamente por la confirmación y por los demás sacramentos ratificado. Todo miembro de la Iglesia participa del carácter de ésta, de ser enviada a la humanidad así como Cristo fue enviado por el Padre para salvación de los hombres.

Por esto el cristiano laico o seglar, el que no está incorporado por el orden sacramental al clero, ni consagrado en la vida religiosa, que es un estado instrumental de la perfección cristiana, pero no constituye su esencia, está también llamado a una tarea apostólica.

De aquí que todo cristiano tiene el deber y el derecho de ser apóstol. Este deber y derecho son anteriores a toda adscripción concreta en tareas de apostolado asociado o institucional. El Concilio insiste en que el apostolado que compete a todo cristiano como tal no sólo es fundamento de cualquier actividad apostólica asociada, sino que no podría ser sustituida por ésta. Una tarea específica de apostolado asociado que no brotase de la sinceridad del cumplimiento del deber apostólico del cristiano como tal sería vaciedad e hipocresía.

La vocación propia de los laicos: La consagración del mundo y la instauración cristiana del orden temporal

Todo cristiano está llamado a la santidad, cuya esencia consiste en el amor a Dios y al prójimo al modo como Cristo nos ha amado. Del concepto de la Iglesia como pueblo de Dios se deduce inmediatamente esta otra idea capital en la doctrina del Concilio Vaticano II: la vocación universal a la santidad.

Supuesto que en el Cuerpo de Cristo y pueblo de Dios cada miembro tiene su propio don, y que el carácter apostólico del cristiano brota de su vocación a la santidad y de su misma inserción en el Cuerpo de Cristo,

hay que comprender el deber apostólico del laico cristiano a la luz de su pertenencia al pueblo de Dios y de su participación por lo mismo en el carácter sacerdotal, profético y regio de Cristo.

Dada la situación secular del laico su tarea específica en la Iglesia es, como advierte reiteradamente el Vaticano II, el ordenar según la voluntad divina todo el orden de las cosas temporales. Su participación en el sacerdocio de Cristo ha de ejercerse precisamente en la *consecratio mundi*. Nada más lejano de la mente del Concilio que las actuales seducciones sobre la desacralización de lo secular. El mensaje conciliar a los laicos no es otro que el de la penetración de lo temporal por la gracia de Cristo en orden a consagrar el mundo a Dios: «Cristo Jesús, a aquellos a quienes asocia a su vida y misión, les hace partícipes de su oficio sacerdotal, ...así los laicos, como adoradores en todo lugar por medio de su obrar en santidad, consagran el mundo a Dios.»

La participación del pueblo de Dios en el don profético de Cristo se concreta también en los laicos en la participación del sentido de la fe, por el que la comunidad de los hijos de Dios, en los que habita el Espíritu Santo, habita en la verdad y se ve inmune de los errores. Este sentido de la fe del pueblo de Dios ha de brillar en el laico cristiano en la vida cotidiana familiar y social. El Concilio invita a los cristianos laicos a ser fuertes en la fe y en la esperanza y a no esconderla en su intimidad, sino a manifestarla en público incluso en las estructuras de la vida secular por su actitud de conversión perseverante y «en lucha con los espíritus malignos que dominan este mundo tenebroso».

El concilio insiste especialmente en la misión de los laicos desde la perspectiva de su participación en la misión regia de Cristo. Recordando las palabras de San Pablo: «todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios» funda en ellas su definición de la tarea propia del seglar en la instauración del Reino de Cristo «Santificándose también por medio de las actividades temporales, para que el mundo se impregne del espíritu de Cristo». Y afirma categóricamente: «para que tal misión pueda cumplirse universalmente compete a los laicos la tarea principal.»

La familia Iglesia doméstica

A la luz de estas enseñanzas el Vaticano II muestra la vocación propia de la familia cristiana en el seno del pueblo de Dios.

En la Constitución dogmática sobre la Iglesia se menciona en primer lugar la familia al afirmar que la vida sacramental del cristiano realiza de modos diversos aquel sacerdocio regio que es propio del cristiano como miembro de Cristo. Después de haber enumerado los otros sacramentos de la Nueva Ley habla así del matrimonio y de la familia como de su propio despliegue y fructificación:

«Los cónyuges cristianos, en virtud del sacramento del matrimonio, por el que significan y participan del misterio de la unidad y del amor fecundo entre Cristo y la Iglesia, se ayudan mutuamente a la santificación por medio de la vida conyugal, y también recibiendo y educando a sus hijos, de modo que tienen

en este estado de su vida su propia misión en el pueblo de Dios.

»Porque del matrimonio procede la familia, en la que nacen los nuevos ciudadanos de la sociedad humana, que por la gracia del Espíritu Santo quedan constituidos por medio del bautismo en hijos de Dios, para perpetuar el pueblo de Dios en el curso de los tiempos.»

La unión de la gracia con la naturaleza, la consagración de la naturaleza por la gracia redentora, se realizan en la contribución de la fecundidad natural de la familia, fruto de una unión constituida por Cristo en Sacramento, a la propagación del pueblo de Dios. La generación de los hijos de los hombres es destinada por los propios padres cristianos a ser hechos por el bautismo hijos de Dios.

La misión evangelizadora de la Iglesia se ejercita así según el don propio de los cónyuges y padres cristianos, sirviendo el orden de las inclinaciones naturales regeneradas por la gracia al fin mismo de la caridad teologal, como enseñó Santo Tomás. La fe se transmite a través del tiempo en el curso de las generaciones cristianas por medio de la paternidad y de la vida familiar que multiplica el pueblo de Dios.

Por esto el Concilio puede añadir:

«En ésta como Iglesia doméstica, los padres han de ser respecto de sus hijos los primeros predicadores de la fe, con su palabra y con su ejemplo, y han de fomentar la propia vocación de sus hijos y con especial cuidado la vocación sagrada.»

Iglesia doméstica. Esta expresión ya no nos extrañará si hemos acertado a comprender aquella doctrina del pueblo de Dios con su sentido de la fe y con su participación en la vida y en la misión de Cristo que es la idea-fuerza y núcleo de las enseñanzas del Concilio Vaticano II.

La familia cristiana es en esta perspectiva la sociedad de orden natural, la más inmediata e íntima en este orden y la que es célula y núcleo de toda sociedad, que al ser sobrenaturalizada por la gracia, se constituye también como en célula viva no solo de la ciudad temporal, sino también de la misma ciudad de Dios peregrina en el mundo.

Misión apostólica de la familia

No es extraño pues que a la familia cristiana se atribuya también, según recuerda la enseñanza conciliar, una misión específica y central en la realización de las misiones por las que el pueblo de Dios participa de la tarea redentora de Cristo, y que la sitúe el Concilio como en el centro de la universal vocación de los cristianos a la santidad del apostolado.

Podemos ahora enumerar algunas de estas excelsas tareas que competen a la familia a modo de Iglesia doméstica. Tareas que son como

tales y en sí mismas insustituibles en el conjunto diverso y uno del Cuerpo místico de Cristo.

La familia es, según hemos ya visto, propagadora del pueblo de Dios a través de la generación natural de los hijos, a los que la fe de sus padres lleva en el santo bautismo a ser hijos de Dios. Pero esta tarea se prolonga esencialmente en la evangelización de los hijos por parte de los padres que es raíz esencial de lo que llamamos educación cristiana.

Nadie puede privar a los padres del derecho a cumplir este deber que a ellos compete por ordenación divina. Toda la ordenación pastoral y jerárquica, diocesana y parroquial, y la tarea —que el Concilio reafirma con insistencia— de los centros de enseñanza ordenados a la formación cristiana, no sólo no pueden destruir o suplantar, sino que deben siempre suponer el ejercicio por la familia cristiana de esta su misión evangelizadora. Los padres cristianos no forman parte de la jerarquía sagrada ni pertenecen a la «Iglesia docente» en sentido de magisterio público; pero a ellos compete como don y responsabilidad propia la comunicación de la fe y la educación cristiana de sus propios hijos.

Un nuevo aspecto subraya el Concilio, que deriva también de esta misión esencial. Supuesto el carácter constitutivamente apostólico y misionero de la vocación cristiana, educar para la fe es educar para el testimonio y para el apostolado. En primer lugar, para aquel que es deber y derecho en todo cristiano en virtud del bautismo, pero también para el apostolado asociado, incluso del que recibe más específicamente un mandato jerárquico. Es decir, el Concilio Vaticano II atribuye a la familia cristiana como tal —y no sólo en cuanto ya integrada en grupos de apostolado familiar— el ser escuela de formación para el apostolado laical en todas sus formas.

Pero por esta misma razón de su carácter de Iglesia doméstica, como célula viva del Cuerpo de Cristo y núcleo fecundo del pueblo de Dios, compete a la familia en forma muy especial el ser ambiente de cultivo de las vocaciones para el sacerdocio ministerial y para el estado religioso. El Concilio expresa aquí una experiencia secular del pueblo de Dios: a lo largo de los siglos muchas generaciones cristianas han visto germinar y florecer la santidad cumplida en el sacerdocio y en el estado religioso por una herencia recibida de la vida de piedad en la tradición familiar.

Porque, supuesta la vocación universal a la santidad, el Concilio recuerda también a la familia cristiana algunos aspectos radicales y decisivos para la vida cristiana consumada en que la santidad consiste. La oración en común en el hogar y también en la comunidad litúrgica y parroquial. Y además algo que es inseparable de la esperanza, sin lo que se enfría la caridad y muere la fe, y que tiene en nuestros días una concreta urgencia para superar las tentaciones mundanas: el espíritu de pobreza evangélica: «quedan invitados y obligados todos los fieles a buscar la santidad y la perfección de su propio estado. Vigilen pues todos por ordenar rectamente sus sentimientos no sea que, en el uso de las cosas de este mundo por causa del apego a las riquezas, contrario al espíritu evangélico de pobreza, encuentren el obstáculo de que los aparte de la búsqueda de la perfecta caridad».

INDISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO

JOSÉ M.^a PETIT SULLÁ

Con la campaña que en favor del divorcio se está haciendo en España, desde los medios de comunicación privados y, sobre todo, estatales, así como la programada, realización de conferencias y simposiums todas ellas en favor del divorcio, sin olvidar tampoco las manifestaciones y asambleas de determinados grupos en favor de la «liberación de la mujer» que organizan preferentemente los grupos políticos marxistas, con la aquiescencia de las autoridades y el aplauso casi general de la prensa, se pretende que, contra la actual legislación, contra la única tradición española y contra el derecho natural y las normas del Magisterio Eclesiástico más alto, se implante en España un cambio en la legislación en el sentido de favorecer la inclusión del divorcio y que el matrimonio deje por consiguiente de ser la unión indisoluble de la pareja humana.

Los mismos católicos están muy desconcertados y faltos de orientación sobre cuestión tan nuclear. Miran con indiferencia, cuando no con simpatía, totalmente ajenos a lo que representaría para la sociedad y para cada matrimonio y, en especial, para los jóvenes que han de ser futuros esposos, todo este movimiento que está, lo repetimos, completamente estructurado y programado.

En este artículo sólo nos proponemos hacer reflexionar sobre los motivos más íntimos que hacen que el matrimonio haya de ser, necesariamente, indisoluble, a fin de que no se dejen influir por los sofismas que ha puesto en circulación toda esta campaña que estamos sufriendo y que es de suponer que irá en aumento en los próximos meses.

Pocos católicos, incluso casados, sabrían dar razones de la indisolubilidad del matrimonio. Esto hemos podido constatarlo muy recientemente en conversaciones acerca de este tema. Este hecho no es de por sí nada alarmante, antes al contrario es sólo demostrativo de la connaturalidad con que el matrimonio ha sido juzgado y tenido siempre como la unión perpetua entre un hombre y una mujer en orden al fin de la procreación y de la ayuda mutua. No es alarmante, repetimos, que cualquier persona que crea en la indi-

solubilidad del matrimonio no esté dispuesta a dar en un momento dado el mejor argumento. No lo es, con tal de que ello mismo le haga caer en la cuenta de que es algo tan obvio que apenas merece explicación teológica o filosófica. Es decir, con tal de que esto no se interprete como si el matrimonio indisoluble fuera meramente una costumbre sin ningún fundamente natural.

Lo primero que hay que aclarar es que el matrimonio es indisoluble por derecho natural y que por consiguiente obliga por igual a católicos y a no católicos. En efecto, la encíclica *Casti connubi* de Pío XI recoge esta aseveración con una cita del Papa Pío VI: «Es cosa clara que el matrimonio aún en estado de naturaleza pura y sin ningún género de duda ya mucho antes de ser elevado a la dignidad de sacramento propiamente dicho, fue instituido por Dios, de tal manera que lleva consigo un lazo perpetuo e indisoluble, y es, por lo tanto, imposible que lo desate ninguna ley civil.» Es, por tanto, una falacia de perniciosas consecuencias argumentar que la sanción civil del divorcio no debe extenderse a los católicos, pero sí a los que no lo son. El matrimonio es una institución divina antes de ser sacramento y se refiere, por tanto, a la misma unión natural, hecha indisoluble en razón del fin a que se ordena. No cabe en este terreno ninguna distinción entre católicos y no católicos.

La Iglesia, que aclara tantas veces, como hizo el mismo Jesucristo, el mismo derecho natural, enseña en este caso no una doctrina nueva sino la restauración de una verdad original. El hecho de que la Iglesia lo recuerde, cumpliendo su función de maestra «de todas las gentes» no significa que sea un mandamiento de la nueva ley y no debe confundirse el origen de su magisterio con el contenido del mismo. Si algún católico negara esta verdad estaría negando la doctrina de la Iglesia cual si lo negara del mismo sacramento cristiano. Lo único que el católico puede hacer es, puesto que la verdad enseñada por la Iglesia es de orden natural, dar razones naturales que incluso a un no católico le lleven a comprender la justificación de esta verdad. Estas razones pertenecen a la naturaleza misma del matrimonio.

Empecemos, a este respecto, por considerar un hecho sociológico elemental. Ningún contrayente aceptaría que en el momento del matrimonio, religioso o sólo civil, se formularan por parte del otro contrayente restricciones a su unión matrimonial, fueran éstas del tipo que fueran. No se admitirían condiciones, límites o circunstancias por las que el matrimonio que se está celebrando quedara restringido de cualquier manera. Nadie aceptaría el matrimonio en estas circunstancias, ni en el caso de personas de reconocida infidelidad por su vida pasada. Un acto realizado en estas condiciones sería grotesco y sobrarían todas las formalidades que acompañan a un matrimonio incluso en el más laico de los estados. Para realizar una tal comedia no es preciso acudir a ningún juez o testigo público, que es precisamente elemento indispensable para que haya matrimonio. Otras muchas maneras tiene el hombre o la mujer para satisfacer su egoísmo sin que sea preciso tamaña ridiculez, que no tiene ningún precedente en lugar o época alguna, donde las personas son libres para contraer matrimonio.

Ahora bien, si no sería pensable ni imaginable una tal coartamiento del consentimiento que presta cada futuro cónyuge a su propio matrimonio es porque la naturaleza misma del acto que se realiza impone que el matrimonio que se celebra es «para toda la vida» y «para todas las circunstancias». El egoísmo que después pueda llevar a uno de los cónyuges a invocar el divorcio habrá de tener necesariamente, si el matrimonio fue realmente tal, el carácter de «perjurio». El matrimonio, por su misma naturaleza, es una promesa realizada por cada contrayente de que su unión no está sometida a ningún avatar de la vida, ni a circunstancias internas o externas. Aún cuando esto no se explicitara en el acto matrimonial, lo que sí suele hacerse, el hecho de que no pueda de ningún modo «capitularse» condiciones restrictivas es más que suficiente para probar el carácter de indisolubilidad que conlleva necesariamente la unión matrimonial en la que se hace donación, de lo más íntimo del ser humano: «serán dos en una sola carne».

La ordenación de la unión matrimonial a la generación de los hijos por el que participamos del mismo don creador de Dios, y la total entrega que conlleva este fin, son las razones que hacen del matrimonio una unión «hasta que la muerte

los separe». Cualquier argumentación que pretenda vulnerar este principio fundamental impreso en la naturaleza humana, es hipócrita, entre otras cosas.

La actual inversión de valores y el correspondiente poner el hedonismo en la cúspide de la felicidad humana es la única verdadera razón de todo cuanto se diga contra la indisolubilidad del matrimonio, por más que se disfrace de «compasión» y de consideraciones acerca de la «dignidad» de la persona humana. Si en algún lugar se vulnera la dignidad de los esposos y la de los hijos es cuando se formula, consciente o inconscientemente, que el matrimonio no es indisoluble. Cualquier condición restrictiva del matrimonio lo único que haría sería invalidar una tal unión al desnaturalizarla. El matrimonio es, simplemente, indisoluble por sí mismo, sin ulteriores investigaciones. De ahí que decir matrimonio sea siempre decir unión perpetua entre un hombre y una mujer. Para otras «uniones» hay diversos nombres en el diccionario. Sabemos de sobra que se practica en nuestra sociedad la búsqueda única del placer sexual como sabemos que el egoísmo y el desprecio de los demás son frecuentes en una sociedad que cree haber descubierto la «liberación» de toda «alienación». Pero lo que ya no se puede tolerar es que se diga que el matrimonio mismo es una unión precaria, a merced de cualquier contingencia.

Estas «contingencias» que se aducen para disolver un matrimonio, ante la ley ya que no ante Dios, que es quien los ha unido en cualquier caso si hubo matrimonio válido, no son más que los propios pecados que se descargan así, como en tantas ocasiones, sobre una institución «social» o «burguesa», según los matices políticos que convenga aducir para mejor descargar la propia conciencia. Los problemas matrimoniales son problemas de los esposos y no problemas del matrimonio. La disolución del vínculo no resuelve nunca nada porque las pasiones y egoísmos no han terminado con un acto aunque pueda sancionarlo ilegítimamente una ley injusta.

Si el matrimonio no fuera indisoluble no habría nadie que pudiera «pactar» una unión de por vida, porque no hay ninguna razón subjetiva que pueda trascender el espacio que media entre la contracción del matrimonio y el fin natural del mismo. Sólo la absoluta seguridad de que el acto mismo realizado es una unión indisoluble

puede garantizar la normal unión conyugal. Sólo así puede el hombre y la mujer saber que su unión es «buena» en cualquier circunstancia y ante cualquier dificultad. La convicción de que el matrimonio consumado «anda por el buen camino» no puede ser ninguna consideración *a posteriori* sino sólo el saber apriórico de que la unión realizada lo fue por toda la vida.

Más aún, en el contexto de la indisolubilidad, que no es otra cosa que la permanencia en el ser de lo que ya es, que de modo fundamental encuadra la perspectiva matrimonial, día a día, se ordenan las miradas y los proyectos realizados o

por realizar en común, como normal desenvolvimiento y perfectividad de la unión realizada.

Un matrimonio «disoluble», puede tener momentos de «gloria» pero forzosamente ha de ser una continua sospecha, una continua interrogación, un continuo examen, en definitiva un normal y angustiado desarrollo. Un matrimonio divorciable es, en fin, antinatural.

Pero esta posibilidad de que el matrimonio sea divorciable no pertenece sólo ni primariamente a la conciencia religiosa de cada cónyuge sino a la ley. Pero este punto merece ser tratado en artículo a parte.

LA FAMILIA ESCUELA DEL APOSTOLADO DE LOS LAICOS

(Vat. «Lumen
Gentium» 4,35)

Cristo, el gran Profeta, que proclamó el reino del Padre con el testimonio de la vida y con el poder de la palabra, cumple su misión profética hasta la plena manifestación de la gloria, no sólo a través de la Jerarquía, que enseña en su nombre y con su poder, sino también por medio de los laicos, a quienes, consiguientemente, constituye en testigos y les dota del sentido de la fe y de la gracia de la palabra (cf. Act 2, 17-18; Apoc. 19, 10) para que la virtud del Evangelio brille en la vida diaria, familiar y social. Se manifiestan como hijos de la promesa en la medida en que, fuertes en la fe y en la esperanza, aprovechan el tiempo presente (Eph 5, 16; Col 4, 5) y esperan con paciencia la gloria futura (cf. Rom 8, 25). Pero no escondan esta esperanza en el interior de su alma, antes bien manifiéstena, incluso a través de las estructuras de la vida secular, en una constante renovación y en un forcejeo *con los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malignos* (Eph 6, 12).

Al igual que los sacramentos de la Nueva Ley, con los que se alimenta la vida y el apostolado de los fieles, prefiguran el cielo nuevo y la tierra nueva (cf. Apoc 21, 1), así los laicos quedan constituidos en poderosos pregoneros de la fe en las cosas que esperamos (cf. Hebr 11, 1) cuando, sin vacilación, unen a la vida según la fe la profesión de esa fe. Tal evangelización, es decir, el anuncio de Cristo pregonado por el testimonio de la vida y por la palabra, adquiere una característica específica y una eficacia singular por el hecho de que se lleva a cabo en las condiciones comunes del mundo.

En esta tarea resalta el gran valor de aquel estado de vida santificado por un especial sacramento, a saber, la vida matrimonial y familiar. En ella el apostolado de los laicos halla una ocasión de ejercicio y una escuela preclara si la religión cristiana penetra toda la organización de la vida y la transforma más cada día. Aquí los cónyuges tienen su propia vocación: el ser mutuamente y para sus hijos testigos de la fe y del amor de Cristo. La familia cristiana proclama en voz muy alta tanto las presentes virtudes del reino de Dios como la esperanza de la vida bienaventurada. De tal manera, con su ejemplo y su testimonio arguye al mundo de pecado e ilumina a los que buscan la verdad.

EL CORAZON DE JESUS

DEFENSA DE LOS ATAQUES

CONTRA LA INDISOLUBILIDAD

DEL MATRIMONIO

P. RAMIÈRE

Es de todos conocido el infernal encarnizamiento con que escritores y enemigos de Dios y de la sociedad trabajan por socavar el edificio social, destruyendo la indisolubilidad del Matrimonio.

Con una fuerza de lógica que nos parece irresistible, apóyanse en la imposibilidad del hombre, dejado a sí mismo, de cumplir las obligaciones de un estado que pide una constancia de voluntad y un imperio sobre las pasiones superior a las fuerzas ordinarias de la naturaleza. Imposible refutar con éxito tal argumento, si se rechazan las enseñanzas de Jesucristo y se sustrae el Matrimonio al influjo sobrenatural de la gracia. Demostrar que la indisolubilidad del Matrimonio es una institución necesaria para la conservación de la familia y el verdadero progreso de la sociedad, es fácil; pero esto no prueba que esté en manos del hombre, dejado a sí mismo, hacerlo. ¡Cuántas cosas necesarias no puede el hombre conseguir y conservar con sus propias fuerzas!

Estamos, pues, en presencia de uno de esos enigmas sociales cuya única solución está en el Corazón de Jesús; solución sublime y consoladora en teoría y realizable en la práctica, como la constante experiencia de diecinueve siglos lo ha ido demostrando. Lo que el corazón humano no puede encontrar en sí, la entrega perfecta a otro, la abnegación, la

fidelidad inviolable, la inalterable ternura, concédelo la caridad del Corazón de Jesús a los que se unen a El. ¡Gran Dios! ¿Es posible que la sociedad titubee todavía, después de tan largas experiencias, y en presencia de peligros que, si profana el Matrimonio, le amenazan? ¿Es posible que, cuando el Vicario de Jesucristo le recuerda, como en la célebre encíclica de 8 de diciembre de 1864, las condiciones vitales del Matrimonio cristiano, rechace sus saludables enseñanzas como un atentado contra el moderno progreso, en vez de recibirlas con agradecimiento?

Por lo menos nosotros, cristianos, sabemos qué hemos de pensar acerca de tan importante materia y entendemos qué es el Matrimonio sin Jesucristo y con Jesucristo.

Sin El, es una sociedad sin fundamento ni suficientes garantías de duración; yugo intolerable frecuentemente, y, más frecuentemente aún, asociación puramente exterior en la que ninguna parte toman los corazones. Con El, es vínculo sagrado que une los corazones y los purifica y los santifica y aumenta sus fuerzas y mitiga sus dolores y acrecienta las alegrías del hogar doméstico haciéndolas más meritorias y los prepara para gustar en el cielo las delicias de la unión del Hijo de Dios con su Iglesia, cuya imagen viva es el mismo sacramento en este mundo.¹

1. El Corazón de Jesús y La divinización del cristiano, p. 391.

LA VIDA FAMILIAR

DOLORES VOLTAS

Se habla y se escribe mucho de la familia actualmente desde los más diversos ángulos pero sin penetrar apenas en su núcleo íntimo. No deja de ser curioso que casi siempre se incide en sus aspectos negativos. Se ha repetido hasta la saciedad lo que no debe ser la familia, se han aireado sus defectos, sus fallos, como si esta denuncia llevara implícita la solución. Pero soluciones no se aportan. No se entiende esta postura a no ser que falte un planteamiento serio para mejorar las relaciones familiares, o a no ser que se pretenda la abolición de la familia, suplantándola por una colectividad, que despersonalizaría al individuo.

La familia hay que considerarla como una entidad concreta, viva, formada por personas, personas tan próximas a nosotros como nosotros mismos. Y nosotros, nuestros problemas, exigen respuestas concretas. No nos importa tanto cómo no debe ser nuestra familia. Nos importa, y mucho, cómo mejorarla, cómo encauzarla debidamente para obtener resultados cada vez más positivos.

Aprender a convivir

El primer y principal problema que deben afrontar los esposos es el de la mutua convivencia. Convivencia que no siempre resulta fácil, que a veces puede resultar incómoda, pero que, precisamente por ser difícil, requiere un esfuerzo y una atención constantes.

Este aprendizaje debe ser mutuo; esta responsabilidad debe ser compartida primero por los esposos y más adelante por los demás miembros que componen la familia.

La convivencia comporta un respeto por el otro, una aceptación de su modo de ser, de sus «manías». No se trata de amar al cónyuge «a pesar de sus defectos», sino de amarle con sus defectos, sobre todo cuando se esfuerza en mejorar. Y en esta tarea de mejora personal, cada uno debe ayudar al otro. Sentirse querido es el mejor estímulo para superarse.

Es ineficaz no dejar que la convivencia penetre más allá de lo meramente externo, de lo que

supone una simple conducta cortés. Esta convivencia debe penetrar hasta lo más íntimo del otro, no para cambiar su modo de ser, sino para comprenderlo. Y esta comprensión exige un respeto a sus opiniones, a su enfoque particular de los problemas, sin apresurarlo si su ritmo de resolución es lento, sin recriminaciones extemporáneas si sus reacciones son de tipo primario. Si se busca únicamente convencer al otro, sin intentar siquiera profundizar mínimamente en sus puntos de vista; si se espera que sea siempre el otro el que ceda, llega un momento en que el otro cede, por aburrimiento, por desinterés, por evitar discusiones enojosas. Poco a poco el convivir se transforma en vivir-con y llega un momento en que este vivir-con se hace insoportable porque los lazos que deberían unir a los cónyuges se han aflojado y ninguno de los dos tiene el valor suficiente para apretarlos de nuevo.

En este aspecto juega baza importante el orgullo, en cualquiera de sus manifestaciones (amor propio, vanidad, deseo de que prevalezca nuestra opinión sobre toda otra consideración), que nos lleva a cerrar las conversaciones, poniéndoles un punto final una vez expresada nuestra opinión personal sobre determinado asunto.

Junto a la sujeción del propio orgullo debemos respetar también el yo del otro, sin herir su amor propio. Hay que saber olvidar situaciones en que el otro se equivocó. Pero olvidarlas de verdad, no dejando que queden almacenadas en nuestro interior y un día, por cualquier motivo, echárselas en cara. Y si uno no se siente capaz de olvidarlas en sus pensamientos, sí debe olvidarlas en sus palabras.

Pero nada de esto se improvisa. No es cuestión de técnica, requiere una actitud interior. No basta aparentar. Eso sólo sería una solución transitoria. Es preciso recuperar la claridad. Puede ser el momento de preguntarse qué hemos ido a buscar en el matrimonio. ¿No es el matrimonio una fuente de felicidad? El deseo de felicidad que anida en el corazón del hombre no se satisface con sucedáneos más o menos consistentes. La concepción de felicidad entendida como puro goce de bienes materiales que impregna el am-

biente, contagia también a la familia. Hay quienes se sienten fracasados si no consiguen un progresivo aumento de comodidades y bienestar material. Como si felicidad fuera sinónimo de ausencia de sacrificio. La felicidad familiar consiste en saber que nuestra vida tiene un sentido, una misión cuyo cumplimiento lleva consigo mucho o poco —pero normalmente bastante— sacrificio.

La familia se define por su origen natural, que si es natural es también divino, porque el Creador de la naturaleza es Dios. La función insustituible de la familia es establecer el ambiente adecuado para que se consigan los fines del matrimonio: educar a los hijos que Dios nos ha confiado y prestar esa ayuda mutua que no se restringe al ámbito físico, sino que lleva a los esposos a compartir los afanes, los trabajos de sacar la familia y el hogar adelante. Y en la vida comprende todos aquellos pequeños o grandes detalles que hacen amable y grata la convivencia y que no pueden encasillarse en una lista de deberes y obligaciones.

Relaciones con los hijos

Una cuerda fuerte de la que se tira mal y a destiempo, puede romperse o dejarnos las manos llenas de ampollas. Un hilo delgado, sujetado con tiento, del que se tira con lentitud y constancia, consigue arrastrar grandes objetos. Unas relaciones padres-hijos aparentemente endebles pueden robustecerse si se actúa con tacto y con amor. Lo lograremos si somos constantes de su endebles. Si confiamos en que la cuerda es fuerte y nos olvidamos de revisarla, diariamente, no nos sorprendamos de que algún día se rompa y comprobemos que su interior estaba podrido. ¿No puede ser éste el caso de algunos padres, buenos padres indudablemente, pero precisamente por saberse buenos, por creer que han tendido entre ellos y sus hijos una cuerda robusta, descuidan vigilar su interior? ¿Es suficiente que los padres den buen ejemplo ante sus hijos, que les eduquen cristianamente? No será suficiente si no va acompañado de un auténtico conocimiento de sus hijos, de lo que piensan (no de lo que deberían pensar), de sus gustos (no de lo que les debería gustar), de sus fallos. Cuesta aceptar que los hijos tengan fallos. Un hijo no es un trozo de arcilla que pueden moldear a su gusto y capricho. Esta arcilla precisa un amasamiento, un trabajado, y una cocción adecuada. Si se olvida esto,

es posible que se obtenga una obra externamente admirable, pero frágil, quebradiza, esportillándose al mínimo golpe.

Olvidar que los hijos tienen su propia personalidad, intentar hacer de ellos una copia de los padres, educarles a todos por igual, puede llevar a resultados incongruentes para los padres, incapaces de aceptar que las posibilidades de su hijo distan mucho de ser las que ellos deseaban.

Comprender a los hijos no significa ser blando con ellos, darles todo, pasarles todo, satisfacer todos sus caprichos. Esto es simplemente comodidad por parte de los padres, que tratan de evitar unos problemas de fondo recubriéndolos de una capa de bienestar que no satisface a los hijos, que precisan ver en sus padres autoridad, no autoritarismo a destiempo; ayuda en sus problemas íntimos, no eludiéndolos escudándose en su trabajo; justicia y no un trato desigual ante situaciones iguales. El trato no ha de depender del buen o malhumor de los padres, ni de sus preferencias por el hijo más dócil, por el que no crea problemas. Ni los niños ni los mayores aceptan el porque sí como cierre tajante a una cuestión. Sí aceptan razones, sí aceptan negativas cuando se explican los motivos. Y deben escucharse sus propias razones, aceptándolas siempre que sea posible. Si los padres ceden en lo que pueden ceder, su autoridad no se verá mermada en modo alguno, antes al contrario, ésta se reforzará y en las ocasiones en que deba prevalecer el criterio de los padres, no costará esfuerzo aceptarlo por parte de los hijos. La justicia engendra justicia. El autoritarismo inútil engendra resentimiento y la confianza se resquebraja porque no se concede a los hijos personalidad propia.

Conocer a los hijos. Tener en cuenta sus deficiencias y limitaciones. Respetar su propia intimidad, a veces tan maltratada, inconscientemente, por los padres. Cuidar los comentarios acerca de uno de ellos o de sus hermanos delante de otras personas; no reírse por algo que han dicho con toda seriedad, por mucha gracia que nos haga. Respetar sobre todo la intimidad de su rincón, de su cajón, de su cartera, y no caer en la tentación de tirar o destruir sus mil pequeñas cosas maravillosas que para nada sirven para quien sólo busca orden y limpieza y que tanto pueden decirnos acerca del carácter y de las aficiones de su dueño. Si alguien debe poner orden allí es el propio niño y hay que incitarlo a que lo haga periódicamente.

Conocer a los hijos. Conocer sus posibilidades y potenciarlas al máximo. Ayudarles sin caer en un fácil proteccionismo. Es más fácil para muchos padres resolver los problemas de matemáticas a sus hijos que enseñarles cómo resolverlos. Es más fácil la recomendación que la aceptación de la incapacidad del hijo. Así se creará un hijo blando, aferrado a sus padres porque le resuelvan todos sus problemas y que en un momento dado ¡quién iba a decirlo, tan bueno!, los abandona cuando ya no necesita de ellos.

Conocer a los hijos, evitando su maduración antes de tiempo. Las metas deben ser grandes, pero las etapas pequeñas, superables, progresivas, adecuadas a su ritmo de crecimiento.

A veces es inevitable el castigo. Inevitable y necesario. Los castigos justos son aceptados; a veces incluso el niño busca este castigo, como si

tratara de calibrar los límites paternos, averiguando hasta dónde pueden llegar.

El castigo debe conllevar el perdón inmediato de la falta. Quien sabe perdonar, sabe castigar. El enojo momentáneo puede castigar desmedidamente. También hay que saber hacerse perdonar estos castigos injustos e intemperantes. No pierde ante el hijo el padre que se disculpa por su momento de enfado desproporcionado a la falta cometida. Gana, y mucho, porque ve en su padre una actitud justa que refuerza sus lazos afectivos.

Los padres han de ser comprensivos, exigentes, justos. Han de saber castigar y saber perdonar. Han de ejercer su autoridad. Pero sobre todo, han de amar a sus hijos. Cuando hay verdadero cariño, casi siempre se acierta.

Barcelona, 4-I-1977

.....

¿Quién duda que los efectos de las leyes que favorecen el divorcio serán calamitosos si llegan a ponerse en práctica en estos tiempos? No está ciertamente en manos de los hombres cambiar la índole y forma natural de las cosas; por lo cual interpretan mal y juzgan desafortunadamente de la felicidad pública, los que piensan que impunemente puede trastornarse el orden natural del matrimonio, y dejando a un lado la santidad de la religión y del sacramento, quiere rehacer y desfigurar el matrimonio con más torpeza que lo hubieran hecho los paganos. Con razón pueden temer las familias y la sociedad humana, si no se cambia de parecer, verse arrojadas en el abismo de la más completa disolución, que es el propósito deliberado de socialistas y comunistas. Por lo que puede verse cuán repugnante y absurdo es esperar la facilidad de los divorcios, que con seguridad conducen siempre a las sociedades a una ruina cierta.

(León XIII «Arcanum Dei»)

.....

La advocación del Templo de la Sagrada Familia

JUAN BASSEGODA NONELL

José María Bocabella Verdaguer (1815-1892) fue un librero, nacido en San Cugat del Vallés, que, movido por su gran piedad y hallándose en el monasterio de Montserrat contemplando un cuadro de la Huida a Egipto, sintió la inspiración y el vehemente deseo de organizar la que bautizó con el nombre de «Asociación Josefina» con el propósito de alcanzar, mediante la protección de San José, el triunfo de la Iglesia Católica por la expiación de los estragos que en la piedad popular causaban los movimientos revolucionarios desencadenados en España en la primera mitad del siglo XIX.

La recién fundada Asociación Josefina fue agregada a la obra pontificia del «Dinero de San Pedro» y alcanzó toda clase de bendiciones del Papa Pío IX.

Bocabella editó el semanario «El Propagador de la Devoción de San José», tomando modelo, e incluso el nombre, de una revista que dirigió el salesiano Joseph Huguet en St. Foy de Dijon, en Francia.



San José y el Niño Jesús. Detalle de la Puerta de la Esperanza.
Del Templo de la Sagrada Familia.

Esta revista se publicó desde 1867 hasta 1936, en que fue interrumpida por la guerra, se reanudó la edición con el mismo nombre entre 1943 y 1948 y desde entonces continúa publicándose con el nombre de «Templo» y el subtítulo de «El Propagador de la Devoción de San José» como portavoz de la Asociación de Devotos de San José y del Templo Expiatorio de la Sagrada Familia, habiendo alcanzado ya su 111 año de vida.

Otra de las empresas editoriales de Bocabella fue la impresión de diez mil ejemplares de «Los siete Domingos de San José».

En 1872 peregrinó a Roma en ocasión de la proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción de María y ofreció al papa Pío IX un grupo escultórico en plata que representaba la Sagrada Familia camino de Egipto, obra del escultor Francisco Pagés Serratosa (1852-1899).

A su regreso de Roma, Bocabella se detuvo en Loreto y allí sintió de nuevo un impulso piadoso que le movió a promover la construcción en Barcelona de un templo dedicado a la Sagrada Familia y que fuera una réplica de la iglesia italiana que alberga la Santa Casa de Nazaret.

Después de un fallido intento para que la baronesa de Almenara Alta le cediera un terreno céntrico en Barcelona, en 1881, adquirió la Asociación una manzana entera del Ensanche de Barcelona situada en el término de Sant Martí de Provençals en el lugar denominado Camp del Arpa dentro del barrio del Poblet.

El 19 de marzo de 1882, festividad del Patriarca San José, se colocó solemnemente la piedra del edificio junto con un pergamino del que hay una copia en el Museo de la Sagrada Familia, que dice: «Para mayor honra y gloria de la Sagrada Familia, para que despierten de su tibieza los corazones dormidos, exulte la Fe, de calor la Caridad» y un largo etcétera de piadosas propuestas.

El proyecto de la primitiva iglesia, que se conserva también en el Museo del Templo procedente del archivo de su autor, era obra del arquitecto Francisco de Paula del Villar y Lozano (1828-1903) que lo era de la diócesis de Barcelona.

Estaba concebido en el estilo neogótico propio

del siglo XIX y su planta medía 97 metros de largo por 44 de ancho en el crucero.

Debía tener una aguda flecha situada sobre la puerta principal de ingreso.

Villar era hombre de genio vivo, tal como se comprueba leyendo las actas de la Academia de Bellas Artes de San Jorge, de la que fue miembro de número desde 1853 o las de la Escuela de Arquitectura que dirigió desde 1889.

Debido a una discusión mantenida con los miembros de la Junta de Obras del Templo a propósito del modo de hacer los pilares de la cripta, que Villar quería de cantería y los demás, mixtos de cantería y mampostería, dimitió de su cargo siendo sustituido, a partir del 3 de noviembre de 1883 por Antonio Gaudí Cornet (1852-1926) que dirigió la obra hasta su muerte, dedicándole cuarenta y tres de su vida.

El Templo de la Sagrada Familia tiene carácter expiatorio cosa que, de antiguo, ha molestado a cierto tipo de incrédulos de profesión.

Uno de ellos decía con despecho, en un periódico local, no hace mucho tiempo: «Templo expiatorio, ¿de qué?»

Fácil respuesta tiene tal pregunta: Expiatorio del pecado de soberbia de quienes creen que nada tienen que expiar.

En este año de 1977 el templo de la Sagrada Familia entra en el 95 desde su inicio y, a pesar de tener concluidas dos de sus fachadas, aún ha de tardar muchos años en verse concluido, cosa que necesariamente sucederá aun cuando unos cuantos se empeñen en evitarlo.

Todas las catedrales se han levantado con lentitud y sin demasiadas prisas, pero también muchos otros edificios se han construido a lo largo de períodos dilatados.

El renombrado templo de Zeus Olímpico, en Atenas, fue iniciado por Pisístrato a comienzos del siglo IV antes de Cristo y no fue concluido hasta el primer cuarto del siglo II después de Cristo, reinando Adriano, emperador de Roma.

No va a necesitar tanto tiempo laagrada Familia para ver totalmente terminada su estructura y con ello la perduración del espíritu de amor a la Sagrada Familia.



SI QUIERES LA PAZ DEFIENDE LA VIDA

PAULUS, PP. VI

Embajador de la PAZ

¡Grandes hombres responsables!

¡Innumerables hombres desconocidos!

¡Hombres amigos!

¡He aquí con vosotros otra vez! ¡Con vosotros!

En el amanecer del nuevo año 1977 llegamos a vuestra puerta y llamamos. ¡Abridnos por favor! Somos el peregrino que recorre los ámbitos del mundo sin parar nunca, sin desviarse del camino. Estamos enviados a llevar el habitual nuncio; ¡somos profetas de la Paz! Sí, Paz, Paz, vamos gritando como mensajeros de una idea fija, de una idea antigua, pero siempre nueva por las necesidades de cada momento que la reclama, como un descubrimiento, como un deber, como una binaventuranza! La idea de la Paz parece adquirida, como expresión equivalente y perfecta de la civilización. No hay civilización sin Paz. Pero en realidad la Paz no es nunca completa ni segura. Habréis observado como el mismo avance del progreso puede ser causa de conflictos ¡Y qué conflictos! No juzguéis por lo tanto superfluo nuestro anual mensaje en favor de la Paz.

Un enemigo de la PAZ y de la Vida: La guerra

Sobre el cuadrante de la psicología de la humanidad, después de la última guerra mundial ha señalado una hora afortunada. Sobre las inmensas ruinas de varios países dominó la paz finalmente...

Oigamos un instante sobre este punto una voz autorizada, paternal y profética; la de nuestro venerado predecesor Juan XXIII:

«La convivencia humana debe ser considerada ante todo como un hecho espiritual: comunicación y conocimiento a la luz de la verdad; ejercicio de los derechos y cumplimiento de los deberes; impulso y llamada a los bienes morales y noble goce de lo bello en todas sus legítimas expresiones; anhelo de una siempre más rica asimilación de los bienes espirituales, valores en los que encuentran una perenne vivificación y orien-

tación de fondo las expresiones culturales, el mundo económico, las instituciones sociales, los movimientos y regímenes políticos, los ordenamientos jurídicos, y todos los otros elementos exteriores en los que se articula y se expresa la convivencia en su desarrollo incesante.» (Pacem in terris.)

Pero esta fase terapéutica de la Paz cede el paso a nuevas contestaciones... la Paz vuelve a ser el sufrimiento de los hombres, primero en contestaciones parciales y locales y luego en los espantosos programas de armamentos que calculan fríamente el potencial de terroríficas destrucciones superiores a nuestra capacidad de traducirlas en medidas concretas. Surgen tentativas laudables para conjurar semejantes conflagraciones...

¡Hombres hermanos, esto no basta! El concepto de la Paz como ideal directivo de la efectiva actividad del humano consorcio parece sucumbir al fatal barbolento de la incapacidad del mundo a gobernarse en la Paz y en Paz. La Paz no es un hecho autógeno aunque a ella tiendan los impulsos profundos de la naturaleza humana; la Paz es el orden; y el orden aspira a toda cosa, a todo hecho como a un destino en concomitancia y en colaboración con múltiples factores. Por eso la Paz es un vértice que supone una interior y compleja estructura de sostén; es como un cuerpo flexible que debe ser sostenido por un esqueleto robusto. Es una construcción que debe su estabilidad y su excelencia al esfuerzo que a veces le falta, y aun en el caso de ser operantes no siempre responden a la misión que les está asignada a fin de que la pirámide de la Paz sea estable en su base y actúe en la cima.

...¿Es en verdad posible la Paz? Sí, lo es, lo debe ser. Pero seamos sinceros: la Paz es necesaria, es posible, pero no sin el concurso de muchas y no fáciles condiciones. La enumeración de las condiciones de la Paz es muy difícil y muy larga, no osaríamos afrontarla. Lo dejamos a los expertos. Pero no queremos callar un aspecto, que es sin duda primordial. Nos basta ahora recordarlo y recomendarlo a la reflexión de los hombres buenos e inteligente. Es éste: la relación de

la Paz con la concepción que tiene el mundo de la Vida humana.

Paz y Vida son bienes supremos en el orden civil; y son bienes correlativos.

¿Queremos la Paz? ¡Defendamos la Vida!

Puede este binomio «Paz y Vida» parecer como una tautología o un slogan retórico; pero no lo es. Representa una conquista largamente debata en el camino del humano progreso, un camino aun no cercano a su metal final. ¿Cuántas veces en la dramática historia de la humanidad el binomio «Paz y Vida» da lugar a encuentros feroces entre los dos términos y no a un abrazo fraterno? La Paz es buscada y conquistada con la muerte, y no con la Vida; y la Vida se afirma no con la Paz, sino con la lucha, como un triste destino necesario para la propia defensa.

...si Paz y Vida pueden ilógicamente, pero prácticamente dissociarse, se perfila sobre el horizonte del futuro una catástrofe, que, en nuestros días, podría ser sin medida y sin remedio tanto para la Paz como para la Vida.

Hirosima es un documento terriblemente elocuente y un paradigma espantosamente profético a este respecto... Para encontrar la clave de este conflicto, que de teórico y moral se hace trágicamente real, y que profana y ensangrienta, todavía hoy, tantas páginas de la humana convivencia, es preciso sin duda ninguna reconocer el primado de la Vida como valor y como condición de la Paz. He ahí la fórmula: «Si quieres la Paz, defiende la Vida». La Vida es el vértice de la Paz. Si la lógica de nuestro obrar parte de la sacralidad de la Vida, la guerra como medio normal y habitual para la afirmación del derecho, y por consiguiente de la Paz, queda virtualmente descalificada. La Paz, si otra cosa no, es el huracán incontestable de los derechos hacia la feliz celebración de la Vida.

La ejemplificación es sin fin, como sin fin es la casuística de la aventura, o por mejor decir, de la desventura, en que la vida es puesta en juego en confronto con la Paz. Hacemos nuestra la clasificación que a tal propósito ha sido presentada como los «tres imperativos esenciales». Conviene, sostienen estos imperativos, que para tener Paz auténtica y feliz se debe: DEFENDER LA VIDA, SANAR LA VIDA, PROMOVER LA VIDA.

La política de los grandes armamentos es desde luego puesta en causa. La antigua sentencia que ha hecho escuela en política: «*Si quieres paz prepárate para la guerra*» no es admisible sin radicales reservas.

La Vida humana es sagrada desde el primer momento de su concepción

...Pero no es sólo la guerra lo que mata a la Paz. Todo delito contra la Vida es un atentado contra la Paz, especialmente si ello profana las costumbres del Pueblo, como con frecuencia viene a ser hoy con horrenda, y a veces legal facilidad, la supresión de la Vida naciente, con el aborto. Si se usan invocando a favor del aborto motivaciones como las siguientes: el aborto mira a frenar el aumento molesto de la población, a eliminar seres malconformados, al deshonor social, a la miseria proletaria, etc.; parece más bien servir que perjudicar a la Paz. Pero no es así. La supresión de una Vida aún no nacida o nacida ya viola ante todo el principio moral y sacrosanto, al que siempre la concepción de la humana existencia debe referirse: la Vida humana es sagrada desde el primer momento de su concepción hasta el último instante de su sobrevivencia natural en el tiempo. Y sagrada, ¿qué quiere decir? Quiere decir que es sustraída a cualquier arbitrario poder opresivo, es intangible, es digna de todo respeto, de todo cuidado, de todo sacrificio. Para quien cree en Dios es espontáneo e instintivo, es obligado por ley religiosa trascendente; y aun para quienes no tienen la fortuna de admitir la mano de Dios protectora y vindicadora de todo ser humano, es y debe ser también en virtud de la humana dignidad intuitivo este mismo sentido del sagrado, o sea de la intangibilidad e inviolabilidad propia de una existencia humana viviente. Lo saben, lo sienten, los que han tenido la desventura, de la implacable culpa, el siempre renaciente remordimiento de haber voluntariamente suprimido una Vida; la voz de la sangre inocente grita en el corazón de la persona homicida con desgarradora insistencia. ¡La Paz interior no es posible valiéndose de sofismas egoístas! Vida individual y Paz general van siempre ligados. Si queremos que el orden social progresivo se rija sobre los principios intangibles, no lo ofendamos en el corazón de su esencial sistema: el respeto a la vida humana. También bajo este aspecto Paz y Vida son solidarios a la base del orden y de la civilización.

El terrorismo

El discurso podría prolongarse pasando a la reseña de las múltiples formas con las que hoy la ofensa a la Vida parece haber llegado a ser

costumbre, allí donde la delincuencia individual se organiza para hacerse colectiva, para asegurarse de la inmunidad y la complicidad de los ciudadanos para hacer de la venganza privada un vil deber colectivo, del terrorismo un fenómeno de legítima afirmación política y social... Imposible que la paz florezca donde la inviolabilidad de la Vida está de tal modo comprometida. Donde la violencia interviene la verdadera Paz acaba. En cambio donde los derechos del hombre son realmente profesados y públicamente reconocidos y difundidos, la Paz viene a ser la atmósfera gozosa y activa de la convivencia social.

Documentos de nuestro progreso civil son testigos de los trabajos internacionales para tutelar los Derechos del Hombre, para la defensa del niño, para la salvaguardia de las libertades fundamentales del hombre. Son la epopeya de la Paz en cuanto son escudo de la Vida. ¿Son completos? ¿Son observados? Todos somos testigos de que la civilización se expresa en tales declaraciones, y que encuentra en ellas el aval de la propia realidad, plena y gloriosa si se transfunden en la conciencia y en las costumbres; realidad irrisoriamente violada si quedan en letra muerta.

Hombres, hombres de la madurez del siglo xx habéis firmado la Carta gloriosa de vuestra alcanzada plenitud humana si tal Carta es verdadera; habéis sellado para la Historia vuestra condena moral si son documentos de veleidad retórica o de hipocresía jurídica. La medida es ésta: en la ecuación entre la verdadera Paz y la dignidad de la Vida.

Acojed nuestra súplica implorante: que esta ecuación se realice y que surja de ella y una nueva cumbre se erija en el horizonte de nuestra civilización, civilización de la Vida y de la Paz, que Nos decimos todavía, del amor.

¿Todo está dicho?

No, permanece insoluble una cuestión, ¿cómo realizar tal programa de civilización? ¿Cómo hermanar verdaderamente la Vida y la Paz?

Respondemos en términos que pueden ser inaccesibles a cuantos han cerrado el horizonte de la realidad a la única visión natural. Conviene, es necesario recurrir a aquel mundo religioso, que nosotros llamamos «sobrenatural». Es necesaria la Fe para descubrir el sistema de eficiencia ope-

rante en el complejo de la humana convivencia, donde la obra trascendente de Dios se inserta y la habilita para efectos superiores, humanamente hablando imposible. Es necesaria la religión, aquella religión viva y verdadera, para hacerla posible. Es necesaria la ayuda del «Dios de la Paz». (Phl. 4,9.)

Felices nosotros si conocemos esto y lo creemos; y si según esta Fe sabemos descubrir y poner en práctica la relación entre la Vida y la Paz.

Pero hay una excepción capital en el razonamiento expuesto, que antepone la Vida a la Paz, y hace depender la Paz de la inviolabilidad de la Vida; es la excepción que tiene lugar en el caso en que entra en juego un bien superior a la Vida misma. Se trata de un Bien que supera al valor de la Vida misma, como la verdad, la justicia, la libertad civil, el amor al prójimo, el dar testimonio, el dar Fe... Entonces interviene la palabra de Cristo «Quien ama la propia vida (más que estos Bienes superiores) la pierde» (cf. Jo. 12,25). Esto nos indica que como la Paz debe ser concedida en orden a la Vida, y como del ordenado bienestar asegurado a la Vida debe resultar esta misma armonía que hace ordenada y feliz, interior y socialmente la humana existencia, la Vida, o sea, la vida no puede, no debe sustraerse a la finalidad superior que le confiere su primaria razón de ser: ¿Por qué se vive? ¿Qué cosa hay además de la vida, que la ordenada tranquilidad de la Paz, su dignidad, su espiritual plenitud, su grandeza moral, y digamos también su religiosa finalidad? ¿Será tal vez perdida la Paz, la verdadera Paz, que se dará ciudadanía en el área de nuestra Vida al Amor, en su más elevada expresión, que es el sacrificio? Y si el sacrificio en verdad entra en el designio de Redención y es de título meritorio para una existencia trascendente, la forma y la medida temporal, ¿no recuperará el nivel superior y eterno la Paz, la verdadera, centuplicada Paz de la vida eterna? (Mt. 19, 11). Quien es alumno de la escuela de Cristo puede comprender este lenguaje trascendente (Mt. 19, 11). ¿Y por qué no podemos ser nosotros alguno de estos alumnos? El, Cristo, es nuestra Paz. (Cf. Eph. 2,11).

Nos lo auguramos a todos cuantos una esta nuestra bendicente mensaje de Paz y de Vida.

CONTRA LUJURIA CASTIDAD

ROBERTO CAYUELA, S. J.

La vida humana, recta y ordenada, consiste en evitar el mal y obrar el bien; evitar el mal que Dios prohíbe y obrar el bien que Dios manda.

Quien no evita el mal que Dios prohíbe, o no obra el bien que Dios manda, le desobedece y le ofende; comete pecado. Y quien evita el mal que Dios prohíbe, y obra el bien que Dios manda, hace buenas obras. A esto se reduce la vida moral del hombre; y de esto depende su suerte eterna; pues dice Cristo Jesús, al hablarnos de la resurrección de los muertos, al final de la vida humana en la tierra: «No os sorprenda que venga la hora en la que los que están en los sepulcros oirán la voz (la de Cristo). Los que hayan obrado el bien, saldrán a una resurrección de vida; los que hayan hecho el mal, a una resurrección de condena» (In., 5, 29). Aquí está todo.

Y hemos de tener en cuenta que el pecado repetido muchas veces, forma o produce el hábito malo, la costumbre viciosa, el vicio; y que la buena obra repetida muchas veces, forma o produce el hábito bueno, la costumbre buena, la virtud.

Hay pecados más dañosos y funestos, y que son como cabezas de otros muchos; por lo cual se llaman «capitales»; y, por lo mismo, las costumbres viciosas, los vicios originados por la repetición de esos pecados, se llaman «vicios capitales».

La Iglesia, Madre y Maestra, nos enseñó, desde nuestra niñez, en el Catecismo de la Doctrina cristiana, que hay siete pecados y vicios capitales. Mas no se contenta con esto; sino que añade, a continuación, que contra esos siete vicios, hay siete virtudes.

Uno de los siete vicios capitales es la lujuria; y «contra lujuria, castidad».

Con ocasión de la admirable y oportunitísima «Declaración acerca de ciertas cuestiones de ética sexual», que nos ha dado la Sagrada Congregación para la doctrina de la fe, con fecha 29 de diciembre de 1975; y siguiendo sus doctrinas y fundadas enseñanzas, vamos a proponer, en primer lugar, la fealdad y desviación moral de la impureza; después, la hermosura y rectitud moral de la castidad; a continuación, unas indicaciones sobre el combate más difícil de la vida

humana y cristiana; y finalmente cuál es la gran fuerza para guardar la castidad.

1.º Fealdad y desviación moral de la impureza

El pecado y vicio impuro es propiamente el pecado y vicio feo. Aun los niños lo reconocen espontáneamente, cuando, al confesarse, se acusan de haber pensado o de haber hecho *cosas feas*, o de haber dicho *palabras feas*.

La lujuria es una apetencia desordenada de los deleites sensuales, contra el orden que Dios ha puesto en ellos (Santo Tomás, S. Th., 2.ª 2ae, q. 153).

No es nuestro intento enumerar los diversos pecados en que se manifiesta el vicio de la impureza; y menos describirlos. Sobradamente conocidos son, por desgracia; y están a la vista de todos, delante de sus mismos ojos, en la pantalla del cine y de la televisión, en la escena del teatro, en las conversaciones, y... aun en las calles.

Quien se entrega a este vicio, entrega su cuerpo y su alma a este cruel verdugo, que aunque comienza con gusto y deleite, pero al fin muerde y envenena como culebra ponzoñosa. La impureza se llama propiamente inmundicia.

Y, como dice Santo Tomás, los pecados impuros son los que de una manera principal y máxima deshacen el alma del hombre (Ibid., a. 1). Es que la corrompen y esclavizan, según el modo de hablar de la Sagrada Biblia; y esto es porque el alma espiritual queda degradada; se hace y se rebaja a ser, por el pecado impuro, alma carnal.

La concupiscencia sensual es pena del pecado original; en cuanto, como dice San Agustín, «la razón rebelada contra Dios mereció tener rebelde su carne» (De Civ. Dei, L. 3). Y el mismo Santo Doctor añade que el cristiano, que por el Bautismo empezó a ser templo de Dios, se derrumba y deja de serlo por los pecados impuros.

De la impureza procede la ceguera de la mente, la inconsideración, la inconstancia, la precipitación, el amor propio desordenado, la desesperación de llegar a la vida eterna, la negación y aun el odio de Dios. Así lo dice taxativamente

Santo Tomás, y lo explica en el artículo 5.º de la citada cuestión 153 de la 2.ª 2ae de la Suma Teológica.

El joven Profeta Daniel dijo a uno de los tentadores impúdicos de la casta Susana: «La concupiscencia pervirtió tu corazón, lo trastornó» (Dan., 13, 56). — Y el Profeta Oseas: «La impureza roba el corazón» (Os., 4, 11); es decir: hace que el corazón deje de ser corazón humano, alto y digno; que no tenga afectos grandes ni sentimientos nobles; sea un corazón animalizado.

Muchas son las desviaciones morales de la impureza. De entre ellas, la «Declaración de la Sagrada Congregación para la doctrina de la fe acerca de la ética sexual», trata expresamente de tres, que siendo muy graves, son muy actuales; es decir, muy extendidas, propagadas y aun defendidas, aunque con vanos y erróneos pretextos. Las expone con toda su fuerza, y las rebate sólidamente, basándose en la Ley divina natural y en la Divina Revelación.

a) La primera es la unión sexual, entre novios, antes del Matrimonio. Y de ella dice que «semejante opción se opone a la doctrina cristiana, según la cual, todo acto genital humano debe mantenerse *dentro* del Matrimonio» (n. 7). Y lo prueba con argumentos racionales, con la doctrina de Jesucristo, con las aseveraciones de San Pablo, con las enseñanzas perennes y universales de la Iglesia, y aun con la reflexión ponderada de los hombres y los testimonios de la Historia (Ibid.)

b) La segunda desviación moral es la de las relaciones sexuales entre ciertas personas del mismo sexo, la homosexualidad. Y después de exponer los pretextos inconsistentes que para legitimar este vicio y aberración se aducen hoy día; nos recuerda la terminante reprobación y condena que de tales depravaciones hace la Palabra de Dios en la Sagrada Biblia. Y termina: «Este juicio de la Biblia atestigua que los actos homosexuales son intrínsecamente desordenados, y que no pueden aprobarse en ningún caso» (n. 8).

c) Y la tercera grave desviación actual es la de la masturbación; y de ella trata la «Declaración» detenidamente. En resumen: «El Magisterio de la Iglesia, de acuerdo con una constante tradición cristiana, y con el sentido moral de los fieles, han afirmado, sin ninguna duda, intrínseca y gravemente desordenado» (n. 9). Lo confirma la «Declaración» con razones convincentes de la recta razón humana. Y añade muy acertadamente que «la frecuencia de este vicio ha de ponerse in-

dudablemente en relación con la debilidad innata del hombre, a consecuencia del pecado original; pero también se debe atribuir a la pérdida del sentido de Dios, con la depravación de las costumbres, engendrada por la comercialización del vicio, con la licencia desenfadada del pudor, custodio de la castidad» (n. 9). Y termina constatando que «la psicología moderna ofrece diversos datos, válidos y útiles, sobre este tema» (n. 9).

2.º **Hermosura y rectitud moral de la castidad**

Una de las principales virtudes que se incluyen en la virtud general de la Templanza, una de las cuatro cardinales, es la castidad; y consiste en la moderación cuanto al uso de las facultades sexuales, según el recto orden, establecido por Dios.

Este recto orden, que conoce el hombre por la luz de la razón, y más claramente por la luz de la fe, consiste en que en sus acciones y deleites sexuales nunca se desvíe de la natural y providencial finalidad que ellas tienen, en orden a la procreación, o transmisión recta de la vida humana. Esta finalidad ha sido dispuesta y querida por Dios, Creador y Autor de la vida; y el hombre debe guardar, conforme a la razón y a la voluntad divina.

Siendo así que objetivamente el deleite sexual se ordena a la operación generativa, y ésta al fin establecido por Dios; si el acto sexual guarda la concomitante; y éste será bueno o malo, según dicha ordenación, también lo guardará el deleite el acto sea o no conforme al fin que Dios le ha señalado. (Cfr. Ferreres-Mondría, Epítome de Moral, pág. 282.)

Expuestos ya, aunque sucintamente, los conceptos fundamentales en este tema, digaos ahora lo que con inspirado acierto nos enseña la «Declaración» en el bello párrafo que dedica a la «Promoción de la virtud de la castidad», donde asevera: «...La virtud de la castidad no se limita a evitar los pecados y desviaciones indicadas antes. Tiene también otras exigencias positivas y muy elevadas. Es una virtud que marca todo el comportamiento y aun toda la personalidad del hombre, tanto en lo interior como en lo exterior. Ella debe calificar a las personas según los diferentes estados de vida; a unos en la virginidad o en el celibato consagrado; manera eminente de dedicarse más expeditamente a Dios solo, con corazón indiviso; a otros, de la manera que determina para ellos la ley moral, según sean casados o célibes.

Pero en ningún estado de vida se puede reducir la castidad a una actitud o conducta exterior. Ella debe hacer puro el corazón del hombre, según la palabra de Cristo (Mt., 5, 28). La castidad está incluida en aquella *continencia*, que San Pablo menciona entre los frutos del Espíritu Santo» (n. 11).

Y después de aducir la «Declaración» varios textos de San Pablo, en que el gran Apóstol, como vimos en el artículo anterior, condena gravemente la impureza del cristiano, y recomienda y enaltece la castidad, termina con esta apremiante exhortación del Apóstol: «Glorificad, pues, a Dios en vuestros cuerpos» (1 Cor., 5, 8); con lo cual nos enseña San Pablo que la castidad es la virtud con la que, aun con nuestro propio cuerpo hemos de cumplir el deber esencial que el hombre tiene para con Dios, que es glorificarle, darle gloria. Por eso, añade la «Declaración: Cuanto más comprendan los fieles las excelencias de la castidad, y su función necesaria en la vida de los varones y de las mujeres, tanto mejor percibirán, por una especie de instinto espiritual, lo que ella exige y aconseja; y mejor sabrán también aceptar y cumplir, dóciles a la Doctrina de la Iglesia, lo que la recta conciencia les dicte en los casos concretos» (n. 11).

En la Sagrada Biblia es comparada la virtud de la castidad al lirio o azucena, la más blanca y bella de las flores; y los Santos Padres la denominan con el precioso nombre de la virtud angélica, porque por ella los hombres varones y mujeres, aun viviendo en carne, emulan la pureza de los Angeles, y se asemejan a ellos. Y es cosa notable la unanimidad y frecuencia con que todos ellos celebran con grandes encomios las excelencias de la castidad, y los singulares y magníficos favores, privilegios y gracias con que Dios la galardona.

Santo Tomás de Aquino, llamado el Doctor Angélico por su nitidísima pureza, dedicó la cuestión 151 de la Secunda Secundae de su Suma Teológica a la exposición completa y luminosa de la virtud de la castidad. Por ella, el hombre, y más el cristiano, que, según San Pablo, está desposado con místico desposorio, a manera de una virgen casta, con Cristo (2 Cor., 11, 2), domina y modera el uso de su cuerpo, y en especial el uso de sus miembros que según la altísima providencia de Dios, están destinados a la transmisión de la vida humana; con lo cual, si el cristiano se atiene y se somete fielmente a las leyes divinas en lo que se refiere a esta trasmisión de la vida, llega a participar muy noblemente de la paternidad de

Dios, y de su obra al ser el principal Autor de la vida humana.

3.º El combate más difícil en la vida humana y cristiana

Con el título «El Combate de la Pureza» escribió el P. Noornaert un precioso libro, de suma utilidad, y más en nuestros tiempos. De él se han ido haciendo varias ediciones.

Y, en verdad, este combate es el más arduo y peligroso. No hacen falta palabras para hacer ver que es así, cuando la innegable realidad se impone por su evidencia en toda la Historia del género humano, y por la universal experiencia de todos los hombres.

Por haberse rebelado la razón y el libre albedrío del hombre contra Dios y su santa voluntad, permitió Dios que las más bajas inclinaciones y tendencias del hombre, que precisamente son bajas y asimilan al hombre a los animales irracionales, cuando el hombre prescinde de los magníficos planes de Dios y de sus santas leyes, y aun las contraría, se rebelaran y estuvieran en constante rebeldía contra la razón y la voluntad del hombre.

No en todos los hombres se manifiesta esta rebeldía con la misma fuerza, con igual ímpetu de pasión vehemente; no en todos el combate de la Pureza es igualmente fuerte y difícil. Hay algunos que por su complexión y educación, y, sobre todo, por atenerse al Evangelio, y guardar las cautelas de la Castidad, se ven menos fuertemente atacados por el vicio de la impureza: o lo dominan con más facilidad, mediante la gracia de Dios, implorada con fe, con humildad, con confianza y con perseverancia. — De un modo singular, como lo prueba la experiencia, los que se esmeran en obedecer a Dios y en obedecer a sus padres, durante su niñez y juventud, tienen por premio la dicha de que sus pasiones carnales les obedezcan a ellos.

Pero en otros, y por las causas contrarias, a las que acabamos de indicar, sienten más vivamente el estímulo de la carne, les es más difícil este combate de la Pureza, y aun hay quienes son de tal complexión, que padecen diversas anomalías en esta materia; y llegan a tener una curiosidad malsana, una inclinación morbosa, una desorbitada pasión sensual, que a veces les lleva como a un frenesí por la carne y la desnudez. Mas, aun sin llegar a estos extremos, siempre es difícil el Combate de la Pureza.

En la juventud es de ordinario más vehemente el ardor de la concupiscencia sensual y sexual; y en toda edad se añaden a la fuerza de la pasión, los halagos e incentivos del mundo, que está, todo él, en la concupiscencia de la carne. Y por si fuera aún poco todo esto, «el Adversario», el Demonio, se aprovecha del fuego interior de las ocasiones que presenta el mundo con sus conversaciones, espectáculos revistas, periódicos y libros, para atizar más el fuego pasional de la carne, y perder a los hombres.

San Pablo, después de haber descrito en términos impresionantes lo difícil y duro de este combate, exclama: «¡Desventurado de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte? — La Gracia de Dios por Jesucristo Nuestro Señor» (Rom., 7, 24-25).

Es decir, que en este arduo combate podemos salir victoriosos; pero tan sólo con la Gracia divina. Y ¿cómo obtenerla? Lo dijo San Agustín con palabras lapidarias, que hizo suyas la Iglesia en el Concilio de Trento: «Dios no manda cosas imposibles; sino que, al mandar, te avisa que hagas lo que puedas, y pidas lo que no puedas, y así te ayuda para que puedas» (De nat. et grat., c. 4, 3; Conc. Trid., Sess. VI; Dz. n. 804).

Todo cristiano que con la Gracia de Jesucristo, obtenida más seguramente por la invocación de la Purísima Virgen María, logra vencerse a sí mismo, sobre todo en el combate de la Pureza, sometiendo sus concupiscencias carnales a la razón humana, a la fe cristiana y a su libre voluntad, es ya, por de pronto, libre de verdad, con la libertad que Cristo nos trajo y nos da, para que ya no seamos esclavos de nuestras pasiones carnales, sino libertados de sus ataduras ominosas. Y siendo libre el cristiano, llega por el vencimiento propio al dominio propio; es decir, logra ser dueño y señor de sí mismo, se posee en pacífica posesión; y de esta manera, ya puede entregarse a Cristo, para conocerle, amarle y seguirle, en agradecida correspondencia a la plenísima entrega que El hizo de sí mismo, por nosotros y para nuestro bien, temporal y eterno. Y así, al entregarse el cristiano a Cristo, en cualquier estado y condición de vida, puede siempre, con su divina gracia, que es luz divina y fuerza divina, mantener su entrega, al mantenerse vencedor en el Combate de la Pureza, y darse al amor y servicio de Dios, Uno y Trino; amor y servicio mostrado prácticamente en el amor y servicio de los prójimos, sobre todo de los más necesitados.

4.º La gran fuerza para guardar la castidad

Una anécdota memorable nos va a decir cuál es esta gran fuerza, y su eficacia victoriosa en el Combate de la Pureza.

Poco antes de la primera guerra mundial, se celebró, en una de las Capitales de la Europa Oriental, ahora tras el telón de acero, un Congreso de Juventudes Católicas. Lo presidió un venerable Prelado, que además de su insigne santidad y de ser muy docto y prudente, había dedicado gran parte de su vida al apostolado de los jóvenes, ellos y ellas.

En la sesión de clausura del Congreso hubo varios discursos, el último, en orden, de los cuales versó acerca de la siempre grave y difícil cuestión de la castidad en la juventud.

El Prelado Presidente del Congreso lo cerró con unas breves y admirables palabras, que en sustancia fueron éstas: «Se acaban de decir, en este último discurso, cosas muy bellas, muy verdaderas y muy acertadas sobre el eterno problema de la castidad en la juventud. Todo lo que se ha dicho lo apruebo plenamente y lo confirmo con mucha complacencia de Representante de la Iglesia de Cristo; pero voy a añadir una sola cosa; y es que el problema de la Castidad en la juventud y en toda la vida cristiana, se resuelve en un problema de amor a Jesucristo».

Una cerrada salva de aplausos fue el testimonio claro y ferviente de que todo el Congreso asentía unánimemente a la aseveración inspirada del Prelado.

Pues bien, lo que entonces se dijo y se aprobó tan encendidamente, lo hemos de volver a afirmar e inculcar, más que nunca en nuestros días; a saber, que no sólo en la juventud, sino también en toda la vida cristiana, el problema de la Pureza se resuelve en un problema de amor a Jesucristo. Y esto es verdad tan clara e innegable, porque en toda edad, estado y condición de la vida cristiana, el amor a Cristo Jesús, cuando es un amor verdadero, es la gran fuerza para que el cristiano viva victorioso en el perpetuo Combate de la Pureza, y así guarde su cristiana castidad.

Fácil cosa es probar este aserto.

Si el cristiano mira con devota atención y con ojos de amor agradecido una imagen de Cristo Crucificado; si participa consciente y activamente en el Santo Sacrificio del Cuerpo y Sangre de Cristo; si le adora con fe en el Sagrario o en la Custodia; o si en lo íntimo de su alma recuerda

y medita la Vida, Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo; y si pide al Padre Celestial la gran gracia de conocer, de amar y de imitar a su Divino Redentor; no podrá menos de caer en la cuenta de que Cristo nos amó a todos, y a cada uno de nosotros, con todo el amor de su Corazón; y porque nos amó con amor tan verdadero y tan ardiente e inmenso, se entregó a Sí mismo por nosotros, como Víctima gratisima al Padre, por la inmolación de amor y de obediencia con que aceptó y sufrió su muerte de Cruz.

Y si el cristiano llega a conocer y a sentir internamente el amor de Cristo, pondrá todo su empeño en corresponder con su amor a tan grande amor de Cristo, pues amor con amor se paga; y así como el amor que Cristo nos tuvo fue un amor de fuego, que le devoró y le consumió por nuestra salvación; de parecida manera el amor de correspondencia del cristiano se irá encendiendo en su alma como un fuego, cada vez más vivo, más purificante, más consumidor. Y entonces, aunque sienta en sí mismo el fuego de la pasión carnal, sensual y sexual, la fuerza del amor a Cris-

to superará el fuego inferior de la pasión desordenada. Un fuego mayor, más potente y victorioso,, contrarrestará y superará la fuerza de un fuego inferior y menor. Se repetirá siempre en la vida del cristiano, en sentido espiritual, lo que del martirio de San Lorenzo y de las parrilas candentes, con que fue atormentado su cuerpo, dijo con admirable verdad San León Magno: «:El amar a Cristo no pudo ser superado por las llamas; y fue más desidioso el fuego que le quemaba por fuera, que el fuego que le abrasaba por dentro», el fuego de su invencible amor a Cristo.

Esta es la gran fuerza para guardar la castidad: el amor verdadero y como de fuego a Cristo Jesús; amor que ardiendo en el corazón del cristiano, y abrasándole por dentro, prevalece sobre el fuego de la pasión carnal.

Por eso, siempre serán de muy viva actualidad los dos incomparables capítulos del Libro «De la Imitación de Cristo», titulados: «Del amor de Jesús sobre todas las cosas»; y «De la familiar amistad con Jesús» (L. II, cc. 7 y 8).

INTENCIONES DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

ENERO

GENERAL: *«Docilidad al Espíritu Santo en el camino hacia la unidad de los cristianos.»*

MISIONAL: *«Que también los pueblos no cristianos, con sus dirigentes, acepten los postulados de justicia y paz propuestos por Cristo en el Evangelio y por el Magisterio de la Iglesia.»*



FEBRERO

GENERAL: *«Que los cristianos experimenten la fuerza de la palabra de Dios en la Biblia.»*

MISIONAL: *«Que la Eucaristía sea fuente de espíritu misional y de agradecimiento por el don de la Fe.»*

« EN EL, ESTABA LA VIDA... »

FRAY ANTONIO DE LUGO, O. S. H.

Sentido escatológico de la vida humana

Que la vida del hombre encierra en sí un misterio, es innegable. Las ciencias antropológicas (biología, sociología, psicología, etc.), tratan de desvelar cuanto se refiere al hombre como ser viviente y miembro de la sociedad humana. También las ciencias teológicas estudian al hombre, pero lo hacen desde las perspectivas de la fe sobrenatural, único modo de abarcar lo que las ciencias puramente humanas no alcanzan. En su etapa peregrinante, el hombre camina hacia su meta y su vida adquiere pleno sentido, solo cuando se orienta hacia su etapa definitiva: la escatológica. Nuestra plenitud vital se consume en el Cielo, en la eterna posesión de Dios; sin perder nuestra condición natural, entraremos «en el gozo del Señor». En el Cielo, la clara visión elimina la fe; la posesión de los bienes prometidos, hace innecesaria la esperanza; nos veremos sumergidos en Dios, que es, Amor increado. Es nuestro último fin, compartir la eterna felicidad de Dios, sin que por ello, quedemos convertidos en Dios. La beatífica contemplación, permite al hombre, saciar su sed, en la fuente misma de la vida, como leemos en el Salmo: «En Ti está la fuente de la vida, y en Tu Luz, veremos la Luz» (Sal. 35). No habrá ya secretos ni misterios para el hombre; en Dios, lo contempla todo, sin cansancio, sin hastío, sin posibilidad de perder una felicidad que, como el mismo Dios, será ya eterna.

La contemplación beatífica del Cielo no consiste en ver a Dios desde fuera, como quien contempla un cuadro o paisaje interesante, al natural o reflejado en una pantalla. El hombre, revestido ya de inmortalidad, en el Cielo, contempla la divina esencia, y así sumergido en Dios, lo ve «sicuti est», como enseña el Apóstol San Juan, y goza «in aeternum» de los «cielos nuevos y la tierra nueva» de que nos hablan los Libros Sagrados (Is. 65-17; 2.^a Ped. 3-13; Ap. 21-22). Dios, Uno y Trino, conocido y amado, sin que imperfección alguna pueda turbar el sosiego con que el amor divino, al comunicarse, sin fin, hace al hombre eternamente feliz. Dios lo será todo en todos, y sin embargo cada persona conservará la propia identidad individual; la multitud incontable de los bienaventurados no confundirá a unos con otros; cada uno participará, con los demás, en la impresionante Liturgia celeste, que sin cesar alaba a Dios, alegrándose, a la vez, los unos de la gloria y felicidad de los otros. Adoración perfecta la de la Iglesia triunfante, con

Cristo-Cabeza y Sacerdote eterno; alabanza incesante, y antes de la consumación de los tiempos, intercesión poderosa, ante el Trono del Altísimo, en favor de los hermanos, que aún peregrinan, sufren y luchan.

La vida humana y sus distintas vertientes

En su situación itinerante, la vida del hombre discurre en distintas vertientes. Una más profunda y escondida, que bien podemos llamar vida interior natural, expresada por las potencias espirituales, entendimiento, voluntad y memoria intelectual. Otra más superficial y externa, que se manifiesta por los sentidos exteriores y otros más ocultos, pero de orden sensitivo; ambas se complementan y perfeccionan de tal forma, que, sin el concurso de los sentidos, se haría muy difícil o imposible el ejercicio de las potencias del alma. Además, el hombre es sujeto de afectos que enriquecen su vida personal, a la vez que contribuyen a que la vida de relación con sus semejantes tenga aquella armoniosa concordia, querida por su Creador. Con el estudio, la reflexión, la meditación en busca de la verdad, cultivamos nuestras potencias y con ello contribuimos a que adquirieran firmeza y solidez nuestras convicciones más profundas, con lo cual nuestra vida interior se robustece. La rectitud en el obrar, según normas objetivas superiores, perfecciona la voluntad, cuyo objeto es el bien, como la verdad lo es del entendimiento. Si, por el contrario, huimos de nuestro mundo interior y no procuramos enriquecerlo con nuevas aportaciones, ni tratamos de depurarlo de la ganga que se nos haya pegado, entonces la constante en nuestra vida será la superficialidad; viviremos a impulsos de vibraciones sensoriales. No en vano, el Creador nos ha potenciado con la «lumen rationis» (luz de la razón), que permite el ejercicio de las potencias del alma, y por tanto de la vida superior natural. Los sentidos corporales tienen también una función en nuestro vivir personal, íntimo y social; deben ser convenientemente educados.

Vida sobrenatural; misterio de fe

El hombre, en ruta hacia el Cielo, necesita una luz, distinta de la luz de la razón, y a la vez más potente; es la «lumen fidei» (la luz de la fe), sin la cual se hace imposible la vida sobrenatural en su fase temporal. Sin la fe, leemos en la Epístola a los

Hebreos, «no es posible agradar a Dios». Por la fe tenemos acceso a El, y por ser una participación en la Luz increada, concedida por Dios al hombre, «gratia et amore», nos permite adentrarnos en el misterioso mundo de lo sobrenatural; sólo ella nos da a conocer al Dios de la revelación, y nos lo oculta, ya que, como bellamente expone San Juan de la Cruz, la fe «es noche oscura para el alma», ya que el conocimiento de Dios, por fe, aunque segurísimo, es imperfecto; es luz y tiniebla y, desde luego, es «lámpara para nuestros pies» (Sal. 118), indispensable para caminar sin tropiezo y escalar las cumbres más cimeadas de la santidad.

En el Bautismo se nos infunde la fe, Gracia santificante, que, según expresión del Apóstol San Pedro, nos hace «consortes divinae naturae» (2.^a Ped. 1-4); auténtica comunión vital, a la vida íntima de Dios; participación gratuita que nos hace gratos al Señor, y por tanto, nos santifica. «He venido para que tengan vida y la tengan sobreabundante», afirmó el Divino Maestro; y San Juan, hablando del Verbo eterno, dice: «En El estaba la vida...»; ... «a cuantos le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hijos de Dios» (Ja. 1-4-12). Jesús, en sus conversaciones con Nicodemo, hace clarísimas alusiones a este nuevo nacimiento, que con tanta liberalidad el Señor concede a los suyos (Jn. 3-3); vida que comienza en la tierra y que se consume en el Cielo. Como todo germen vital, la Gracia santificante, germen de vida divina, debe crecer en nosotros hasta alcanzar la medida querida por Dios. Vida sobrenatural que se hace operativa por las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, y que se perfecciona por la acción misteriosa del Espíritu Santo, a través de sus Dones, concedidos igualmente a todo bautizado. No seamos como aquel siervo perezoso de que habla el Santo Evangelio, que guardó en un pañuelo el talento recibido por lo cual mereció justamente los reproches de su señor (Mt. 25-24-28). Bien podemos aplicar a este misterio de la vida sobrenatural lo que S. S. el Papa Pablo VI afirmó de la fe, diciendo que «no es sólo búsqueda, sino también posesión».

La oración

Todo cristiano debe poner especial cuidado en robustecer la vida teologal. El Señor dejó en su Iglesia, adecuados y a la vez, misteriosos instrumentos de santificación, y enseñó que es posible, y aun necesario, orar en soledad al Padre, conversar con Dios, a nivel personal e íntimo. En esta callada conversación «con Quien sabemos que nos ama», como diría la Santa de Avila, el alma, en silencioso recogimiento, se abre a la complacencia divina y derrama, en la presencia de Dios, sus más íntimos sentimientos. En este clima de sosiego interior, el hombre que ora, calla, para percibir mejor las nociones misteriosas de

Aquel «que tiene palabras de vida eterna» (Jn. 6-69). La oración es movimiento, que, lejos de cansar, sosiega el espíritu para reposar en Dios; la oración ordena nuestro mundo pasional y proporciona al alma aquella tranquilidad en el orden, que San Agustín llamó paz; la oración sostiene en la lucha; consuela en el dolor y abre al alma magníficos horizontes de esperanza. La oración afina la fe, perfecciona la esperanza y acrecienta con notables incrementos la caridad para con Dios y para con los hermanos. Se da en la oración un maravilloso intercambio entre Dios y el hombre; en este coloquio divino, por parte del hombre, el mejor lenguaje, el más expresivo de su pobreza, es el lenguaje de las lágrimas y del silencio; Dios, también en silencio, dilata los espacios del corazón humano; la purifica por la compunción y la dispone mejor para la contemplación.

La Iglesia Apostólica recogió con fidelidad el mandato del Señor «orar sin desmayo»; las primeras generaciones cristianas, de los Apóstoles aprendieron a orar; los Santos Padres y Doctores de la Iglesia han hablado de la oración en términos tan preciosos como admirables; el Magisterio vivo y auténtico de la Iglesia es constante en sus enseñanzas sobre la oración, según las normas del Maestro Divino y la práctica de la Iglesia desde los comienzos; los santos todos han dejado escritas páginas bellísimas sobre el tema, y sus místicas vivencias no hacen sino confirmar cuanto la Iglesia enseña sobre el particular. La oración, por lo mismo que enriquece y estimula el dinamismo teologal de nuestra vida interior, se convierte en uno de los medios más ricos y eficaces, y por su origen más evangélicos, de irradiación cristiana.

Los Sacramentos

Según enseña el Magisterio de la Iglesia, son siete los Sacramentos instituidos por nuestro Señor Jesucristo. Son misteriosos signos de la Gracia sobrenatural que la significan y la confieren; medios aptísimos instituidos por el Señor que actúan como instrumentos eficaces en la santificación de los hombres. Nacemos a la vida sobrenatural por medio del Sacramento del Bautismo; otros Sacramentos robustecen la vida de la Gracia, y la Penitencia la restituye, si por el pecado la hubiéramos perdido. Todos los Sacramentos significan y confieren la Gracia; el Sacramento de la Eucaristía contiene, además, al Autor de la Gracia; la presencia, sustancial, como Dios y como Hombre, de Jesucristo, en el Sacramento del Altar, es un misterio de nuestra Fe. La participación personal, interna, activa y consciente, en el Santo Sacrificio de la Misa, es siempre fructuosa, y tanto más cuanto mejores sean las disposiciones internas de nuestra participación, que alcanza su plenitud en la Comunión Sacramental del Cuerpo y la Sangre del Señor, ya que al comulgar «el alma se llena de Gra-

cia y recibe una prenda de la futura gloria», como cantamos en el Oficio litúrgico de la solemnidad del Corpus Christi. La Eucaristía es, como afirma San Agustín, «Sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad», y tan necesaria que el mismo Señor afirmó: «Yo soy el Pan de la vida; el que viene a Mí no padecerá hambre, y el que cree en mí no padecerá sed jamás...; quien comiere de este pan vivirá eternamente, y el pan que Yo daré es mi carne por la vida del mundo» (Jn. 6-33-52).

Los Sacramentos son fuentes de agua viva y cuyo manantial es el Corazón traspasado del Señor; El mismo ha proclamado bien alto: «Si alguno tiene sed, que venga a Mí y beba» (Jn. 7-37); por la fe y el amor, bebemos a Cristo en los Sacramentos, cuando usamos de ellos piadosamente, y Cristo nos introduce en las intimidades de Dios; es preciso abarcar toda la sacramentalidad de estos sagrados signos, si queremos que produzcan en nosotros los frutos de santidad prometidos a quienes se acercan a ellos con el corazón puro y sencillo. Hay que vivirlos en la noche de la fe, como nos recuerda San Juan de la Cruz en los siguientes versos: «¡Qué bien sé yo, la fonte que mana y corre, / aunque es de noche! / Aquí se está llamando a las criaturas, / y de esta agua se hartan, aunque a oscuras... / Aquesta viva fuente, que deseo, / en este pan de vida yo la veo, / aunque es de noche.../». La Eucaristía nos pone en contacto vivo y vivificante con la Divinidad.

Vida en Dios

Nuestra vida en Dios es el gran misterio que debe atraer nuestra atención y se hace operante por la fe, la esperanza y la caridad, perfeccionadas por los Dones del Espíritu Santo. Si por medio de los Sacramentos y de la oración la mantenemos en forma, sin duda entenderemos mejor las palabras del Señor a la Samaritana: «¡Si conocieras el don de Dios...!» (Jn. 4-10). El gran dinamismo de tantos santos tiene explicación en su vida interior. El Señor, presente misteriosamente en el alma en Gracia, la atrae a Sí; cuando El quiere, regala a los suyos, con subidos sentimientos de su presencia adorable, y les hace percibir en el misterio aquel «toque delicado que a vida eterna sabe, / y toda deuda paga», de que habla el Místico Doctor del Carmelo. En su etapa última, la del Cielo, la vida cristiana encuentra su consumación en la eterna posesión de Dios; posesión gozosa, eterna..., conocimiento de Dios, Uno y Trino, que nos quiere asociar a su felicidad inacabable. Lo que Dios

tiene preparado para los que lo aman, «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni cabe en entendimiento creado», afirma el Apóstol San Pablo.

La contemplación de Dios en el Cielo no es oscura, sino en visión clara, intuitiva, inmediata. Es una verdad de fe que, antes de la resurrección de los muertos, las almas que hayan salido de esta vida totalmente purificadas, o después de su purificación en el Purgatorio, gozan ya de la visión beatífica; así lo definió con Magisterio solemne el Papa Benedicto III en la Constitución «Benedictus Deus», de 29 de enero de 1336. El alma ha de ser capacitada para la divina visita con la «luz de la gloria» (*lumen gloriae*). Es muy razonable que los hijos de Dios, cansados a veces en su penoso peregrinar hacia la Patria, exclamen: «Descubre tu presencia, / y máteme tu vista y hermosura, / mira que la dolencia de amor que no se cura, / sino con la presencia y la figura /», que cantó San Juan de la Cruz en su Cántico Espiritual. Debemos vivir estos misterios con alegría serena, pacífica, y ser así luz en medio de las tinieblas. Realmente el misterio de nuestra incorporación a Cristo, misterio de luz, porque es misterio de amor. Pertenece a la familia de Dios, pues El ha querido que «no sólo nos llamemos hijos, sino que, en efecto, lo seamos» (Jn. 3-1).

Mirando a María

Para terminar evoquemos a Aquella que es el más acabado modelo de almas que han vivido en profundidad su vida en Dios: María Santísima. Su oración contemplativa la ponía en comunicación incesante con Dios, inefablemente presente en su alma por Gracia y, a la vez, hecho hombre, es su verdadero Hijo, con el cual conversaba y vivía. ¡Qué maravillosa debía ser la vida interior de la Virgen; Nos dice San Lucas que «María conservaba las cosas que oía de su Hijo y las meditaba en su corazón». La presencia viva de Dios en su alma santísima, a la vez que la santificaba más y más, dilataba su corazón maternal, hecho a la medida del Corazón de su Divino Hijo. Su atención al gran misterio de Dios en su alma no estorbaba la dedicación más delicada y constante a sus deberes de Esposa y Madre. ¡Qué beneficiosa fue su presencia a la Iglesia naciente! Ella, la «Mater Ecclesiae», sostuvo la fe vacilante de los Apóstoles y discípulos, y alentó en todo momento la de los fieles.

Derrama, a manos llenas, tesoros de misericordiosa ternura, y nos alcanza a todos sus hijos, los necesarios auxilios de la gracia, para nuestra realización más cumplida, en Dios.

AL MEDIO SIGLO

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

LXII

LA NUEVA IDEA-FUERZA DE CRISTO REY CORONA LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA. SU SANTO Y PROFUNDO CONTENIDO

El objeto más real y profundo de la devoción al corazón de Cristo

¿Qué «cántico nuevo» anunciábamos en nuestro anterior y ya definitivamente de los últimos de nuestra larga serie?

Decíamos que *aún había más*.

Inspirados, sobre todo, en la «Haurietis Aquas», decíamos que no se habla, en general, del máximo fondo de nuestra Devoción.

No.

Hay algo que olvidamos.

El objeto más profundo, que todos debiéramos sentir, en nuestra Devoción —a la par que gustamos sus misterios como la misma coronación de la «Teología de la Historia»—, es algo más alto aún que nuestros propios, legítimos y santos provechos morales y materiales.

Precisamente, en estos tiempos de tanto misterio en este contenido mundial social que explota, conviene proclamarlo. Y repetir: es la coronación de todo. Desde la de nuestra vida personal, a veces pobres átomos perdidos en la inmensidad del Mundo y de los tiempos, a la de la completa Historia humana, con toda su majestad.

Más alto, este objeto, que la misma Paz del mundo, ahora que, tras tantos años, no se habla de otra cosa.

El primer objeto de la Devoción al Corazón de Cristo debe ser la expresión de amor totalmente desinteresado. (Y ahora, definitivamente, siguiendo a Pío XI, hacemos una sola cosa de aquella Devoción y de la Idea-Fuerza de Cristo Rey).

Deberíamos ser locos devotos del Divino Corazón y soldados de Cristo-Rey, por el puro amor que merece. Por este puro amor solo. No porque nos haya de llevar a todos los bienes, a la misma Paz Universal.

Amemos primero a Jesucristo. Todo lo demás tiene muy poca importancia, y vendrá, además, por añadidura.

Si recapacitamos bien en lo inmensamente adorable que es este divino objeto de nuestro amor, ve-

remos que *la mayor recompensa que podemos obtener de El ya la tenemos*:

¿Es poco que se digne tenernos como sus hijos, sus hermanos, objeto de amor de su Corazón? ¿Y, desde otro punto de vista, es poco que este Grande y Divino Rey se digne tenernos como súbditos?

¿No es ya una recompensa total y absoluta el favor que nos hace de que podamos colaborar a su gloria y trabajar por El?

Nosotros creemos que, a las almas realmente fervientes del amor al Corazón de Jesús y soldados fieles de Cristo-Rey, aun cuando parezca loca paradoja, ni el mismo Jesús, ni Cristo-Rey en toda su gloria, podrá darles mayor recompensa. Ni en el Cielo.

¿Para qué? ¿No amamos más a Jesucristo que a todas las cosas? ¿No nos importa más su triunfo, que su amor sea correspondido, que el propio Cielo? ¿No deberíamos ser todos felices si, por un imposible, renunciando al Cielo, pudiésemos obtener el pleno estallido de su triunfo? ¿De su gloria?

Los grandes capitanes, Alejandro, Napoleón, tenían sus soldados tan amantes y fanatizados, que no podían darles otras recompensas que las de haber sido sus sufridos ayudantes en sus victorias. Toda recompensa personal que pudiesen recibir, les importaba muy poco ante el gozo de ver el triunfo de su idolatrado Capitán.

Seamos así con Cristo. Amémosle tanto, que le hagamos incapaz de que halle, El con toda su omnipotencia, un premio mejor, ni siquiera en el Cielo, para nosotros mismos. El solo hecho de haber podido ser sus más fieles colaboradores y soldados, ya es premio infinito.

Hemos de desear ser los «trabajadores de primera hora». No los de la última (aun cuando parezca pretendemos corregir al Evangelio). ¡Qué no en vano, como exclamaba Sta. Teresa del Niño Jesús «el amor hace decir mil locuras!» Los trabajadores de primera hora, si amaban sincera y locamente también, a su Amo, tuvieron la felicidad de poder ofrecerle todo un día de trabajos y de sufrimientos, para colaborar así a su Divina Hacienda. ¿Qué les importaba que luego viniesen, a última hora, otros que cobrasen có-

modamente el mismo jornal? ¿Es que trabajaban por el jornal? Si amaban al Amo, compadecían a los últimamente llegados, porque no habían tenido la dicha de trabajar por él. ¡Pero si el trabajar por Jesucristo ya es la mejor recompensa que podemos recibir!

Ya sabemos, repetimos, que en apariencia decimos lo contrario del Evangelio. Pero éste, deducimos de aquí que reprende a los trabajadores interesados; y nosotros hablamos aquí de lo que debíamos ser todos: faltos de todo interés.

Cuando vemos un perro fiel, tenemos envidia de él.

El perro no cuenta para sí mismo. Sólo vive para su querido Amo. Da su vida sin importarle. Si lo hace, lo considera un buen negocio, *en sana razón*. ¿No vale más su Amo que él?

Es que, si consideramos quien es Dios, quien Jesucristo, no nos sentiríamos infinitamente honrados y rescompensados por el solo hecho de haber tenido el honor y la dicha de ser sus perros fieles?

Soldados de Cristo. Sentimos el «No soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí», como exclamaba el Apóstol.

La recompensa está en el trabajar. Mucho más que en el gozar

Por tanto, la recompensa, si por El trabajamos, ya la tenemos en nuestros propios esfuerzos y sudores. Ni en el Cielo podremos tener mayor gozo, porque nuestra propia felicidad eterna es poca cosa ante lo que más debemos valorar y amar: la gloria de Cristo. En el Cielo tendremos la felicidad de adorar a Dios aquí tenemos la, por admirable paradoja —si con sana razón y justicia la sospesamos —de trabajar y sacrificarnos por El —aclamando a nuestro Rey Cristo—. Si con esto logramos aumentar, un solo milímetro su gloria, ¿qué nos importa, a su lado, nuestra felicidad?

Si consideramos que Cristo es Dios, aparte de todo lo demás («Amarás a Dios sobre todas las cosas»), como Dios que es, ya en sí nos tiene que ser infinitamente más amable —aun cuando no hubiera hecho, por nosotros, más que crearnos— El, que nosotros mismos para nosotros mismos. Las flores se orientan y miran —como adorándole— hacia el Sol, porque éste es mejor que ellas!

«La locura de la cruz»

Pero existe otra, una nueva y suprema razón: la de la «locura de la Cruz».

Algo que, si lo meditamos, nos tiene que llevar a romper todas las vallas. A echarnos de cabeza por El. A perder, incluso, en nuestro entusiasmo por El, la ecuanimidad y la razón.

Esta nuestra «locura» (oh Teresa del Niño Jesús, antes citada, haznos sentir estos tus anhelos!), ha de ser infinitamente mayor, absoluta y total.

Porque Cristo Jesús ya es, para nosotros, algo más (es posible?) que Dios. Es un Dios que se ha dignado hacerse hombre como nosotros, compartir (y en grado muchísimo más elevado), nuestros sufrimientos y miserias, cuando hubiera podido hacerse Hombre Rey del Universo (que ya hubiese sido excesiva dignación) rodeado de la más alta y sublime Corte.

Y así, este Hombre adorable, nos muestra su Corazón. Ante esto, le proclamamos Capitán, y por El enloquecemos. Y, si cabe, le amamos más a El que pudiéramos amar a Dios, porque lo que ha hecho por nosotros, es divina locura. Y ésta no debe tener otra correspondencia, de nuestra parte, que la «locura de la Cruz». Y que nos lleva a la colosal paradoja —que el lector, y hasta el teólogo, comprenderá y perdonará—, de que estamos más llevados a enloquecer por nuestro Hombre-Cristo-Rey que lo haríamos por Dios.

Y así exclama Pío XII en su «Haurietis Aquas», buscando sólo su amor.

«Esto supuesto, no se puede dudar de que los cristianos que honran al Sacratísimo Corazón del Redentor cumplen el deber, por demás gratisimo, que tienen de servir a Dios, se consagran juntamente a sí mismos y todas sus cosas, sus sentimientos internos y su actividad externa, a su Sreador y Redentor, y de este modo observan aquel divino mandamiento: «Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con todas tus fuerzas (Marc. XII, 30)». Tienen, además, la certeza de que a honrar a Dios no les mueve principalmente el provecho personal, corporal o espiritual, temporal o eterno, sino la bondad del mismmo Dios, a quien procuran obsequiar con correspondencia de amor, con actos de adoración y con la debida acción de gracias. Si así no fuese, el culto al Sagrado Corazón de Jesús no respondería al carácter genuino de la religión cristiana, puesto que con tal culto al hombre no honraría principalmente el amor divino; y no sin motivo, como a veces sucede, se podría tachar de excesivo amor y solicitud por sí mismos a los que entienden mal esta nobilísima devoción o no la practican convenientemente. TENGAN TODOS, PUES, LA FIRME PERSUASION DE QUE EN EL CULTO AL AUGUSTISIMO CORAZON DE JESUS LO MAS IMPORTANTE NO SON LAS PRACTICAS EXTERNAS DE PIEDAD, Y QUE EL MOTIVO PRINCIPAL DE ABRAZARLO NO HA DE SER LA ESPERANZA DE LOS BENE-

FICIOS QUE CRISTO SEÑOR HA PROMETIDO EN REVELACIONES PRIVADAS...

O sea, que debemos pedir y trabajar para la gloria de Jesucristo —de Cristo-Rey—, mucho más por ella como fin, que por los bienes que trae. Por ejemplo: nos atreveríamos a decir: ¡roguemos menos por la Paz! ¿Es que, por ejemplo, querríamos una paz —aun cuando por un imposible fuese factible—, aun cuando fuese real, si hubiese de ser a costa de los derechos imprescriptibles de Jesucristo a su Realeza? ¡A este precio, no queremos la Paz!

Amamos mucho más a Jesucristo que a la misma Paz. Como, permítasenos la paradoja, mucho más que a nuestra propia salvación. Ha habido Santo que ha llegado a decir (dichoso él) que, si por un imposible diese más gloria a Dios (y a Cristo-Rey, añadimos nosotros), condenándose en el Infierno, lo aceptaría con la mayor alegría, como su mejor fin. ¿No hemos de ser nosotros igualmente locos por nuestro Divino Capitán?

Lo dice, no lo habéis comprendido así, ¡la «Haurietis Aguas»?

Los santos de los últimos tiempos

Se ha dicho que, en los «últimos tiempos», la Providencia hará surgir santos descomunales, como nunca. ¿Serán, quizá, tan grandes santos, porque comprenderán esto?

En mística, se califica de «acto heroico», el de aquellas almas que piden a Dios —y muy en serio—, que la recompensa de sus méritos las aplique a las almas necesitadas. Lo hacen por su gloria, y, si reparamos bien en lo antes hemos leído, es esto sencillamente, racional. Porque su destino, su «puesto» más elevado en el Reino de los Cielos, es de muy escaso interés, ante el de la gloria de Dios.

Trátase, pues, tan solo de aumentar ésta.

Habrán almas santas de verdad.

Que hagan... ¿qué? Pongamos un ejemplo. Hoy, por desgracia, sabemos de más de un Pastor, de una Jerarquía, de grande inteligencia y dotes, que no cumple como tal. Pues bien: creemos que la santidad de los últimos tiempos ha de ser ésta, la de la conducta que vamos a expresar, dentro de la devoción al Corazón de Jesús —Cristo Rey—, que no es otra cosa que la Comunión de los Santos, Dogma de la Iglesia.

Pedir —en el caso del ejemplo— al Señor, no nos haga santos a nosotros. Nos mengue nuestra futura recompensa en los Cielos, quedando —si bien dentro de ellos, naturalmente —no ni a «su derecha o a su izquierda», sino muy lejos, allá, «en el montón»,

como diríamos. ¡Qué delicia desde un rincón de este «montón», contemplar la gloria de Dios y la de sus grandes Santos!

Y, en cambio, las conceda, a raudales, a aquel antes citado Pastor, hoy indigno o frío, pero que, con su vasto talento y capacidad —muy superiores a los nuestros—, con tal auxilio sobrenatural, se convertiría en un gigante de Santidad, dando mil veces más gloria a Dios que la que nosotros daríamos, si reconocemos personalmente nuestra inferior categoría.

Es una cuestión —hoy que están de moda los términos económicos— de buscar, por encima de todo, el *máximo rendimiento* al servicio de Dios que adoraríamos en el Corazón de Jesús-Cristo Rey.

¡Qué rayo de luz, el de estas audacísimas líneas de la «Haurietis Aguas» :... «...a honrar a Dios no nos debe mover principalmente el provecho personal, corporal o *espiritual*, temporal o *eterno* (...) En el culto a Augustísimo Corazón de Jesús (...) el motivo principal de abrazarlo, no ha de ser la esperanza de los beneficios que Cristo Señor ha prometido...»

Sino que, ciegamente, *anónimamente*, si deseamos el *máximo rendimiento efectivo*, para su mayor gloria, hay que aspirar a ser sus «héroes anónimos». (Santa Teresa del Niño Jesús, quería trabajar por El, y deseaba no tener recompensa, «para no dar a Dios esta molestia, de haber de ocuparse de ella...»)

Amemos tanto a Cristo, que deseemos que otras almas, si están mejor capacitadas que nosotros, reciban más gracia... si con esto le pueden dar más gloria. En absoluto, legítimo, *natural y racional* desprecio y olvido de nosotros mismos, buscando solo que florezca la mayor gloria de Su Reino!

Estamos —lo hemos visto a lo largo de nuestra serie de más de 60 artículos —en el momento crítico de la Teología de la Historia. El Diablo —el Adversario— *parece triunfar*. Estamos en el poder de las tinieblas.

«¡No hemos podido con estos demonios!», clamaban, una vez, los Apóstoles a su Maestro.

Y El les contestó que estas demonios —tanto más, el Príncipe de todos ellos, hoy momentánea y aparentemente triunfante en este proceloso fin del siglo XX— no se pueden vencer de ninguno de los modos ordinarios, incluso dentro de las fuerzas apostólicas.

A estos demonios, «solo puede vencerlos la Oración» fueron las palabras de Jesús.

Será ésta, la que acabamos de expresar, la oración necesaria y vencedora?

LUIS CREUS VIDAL

(Concluirá.)



SOÑANDO CON EL BUEN FRAILE TOMAS (VI)

M. M. DOMÉNECH I.

Fray Tomás. —¿Por qué le das a la cabeza, hijo?

Discípulo. —Parece mentida. Cuando estudiaba para ingeniero, un profesor nos explicaba la ampliación del sonido y queriendo hacer un poco de historia, nos dijo que fue en el siglo XVII cuando se descubrió que el sonido es una vibración del aire y ahora resulta que lo acabo de leer en uno de los libros que Ud. escribió: «nam sonus ex percussione causatur et aëris commotione» (S. Th. 1 p78 a3). Así no es extraño que los de nuestro siglo XX piensen que Uds. eran tontos y que todo se ha descubierto después de lo que despectivamente llamamos Edad Media.

F. —Coge «La Ciudad de Dios» de San Agustín por el capítulo II del libro XI.

D. —Ya lo tengo.

F. —Lee por aquí.

D. —«Dios no habla de esta manera con el hombre por medio de alguna criatura corpórea, susurrando en los oídos corporales de forma que entre el que habla y el que escucha vibren ondas aéreas» (ut inter sonantem et audientem aëria spatia verberentur). ¡Parece mentira; ya en el siglo IV!

F. —Pues ahora que he tratado a los que para ti son solo personajes del Antiguo Testamento, puedo decirte que en su tiempo conocieron muchas cosas que después se han olvidado y los que las redescubrieron, pensaron que fueron ellos los primeros en saberlas.

D. —Con la manía de la evolución nos han hecho creer que los hombres de hace miles de años no sabían más que picar piedras con piedras, y que después han ido convirtiéndose en lo que ahora somos.

F. —¿Lo que ahora sois? Cuando trates con

Moisés, Abraham, Isaac y Jacob; con Ciro, el Rey de Persia, con los Magos de oriente que fueron a Belén, y tantos otros hombres de épocas antiguas, te darás cuenta de lo que ahora sois, y desde luego no presumirás de nada ni comprenderás que otros lo hagan.

D. —Sí, ya me lo imagino. Sin llegar a cosas tan importantes, ahora recuerdo que una profesora de inglés nos decía que la gente de los suburbios de las grandes ciudades de nuestra civilización son muchísimo más primitivos que los campesinos que quizá han tenido menos educación de la que ahora dan.

F. —Es que el contacto con la naturaleza y la vida natural eleva la mente, y en cambio la esclavitud a que somete lo artificial embrutece el espíritu. Por eso los campesinos tienen mejor filosofía que los pobres que se han dejado seducir por las luces de la ciudad.

D. —Hay como un interés en hacerlo todo artificialmente, despreciando lo natural, como si cuando se consigue algo en el laboratorio se hubiese vencido a la naturaleza que se considera como mala.

F. —En eso hay mucho del maniqueísmo que combatí durante toda mi vida.

D. —Hasta están intentando conseguir la vida artificialmente.

F. —Y puede ser que lo consigan. Yo pensaba, cuando vivía, que incluso las ranas y serpientes pueden generarse espontáneamente de la putrefacción, con menos orden del que hay en un laboratorio. Lo malo será que no comprenderán que lo único que habrán hecho, será poner artificialmente las condiciones para que la naturaleza obre, como cuando se sintetizan los productos químicos o se fabrica el pan (S. Th. 3 q75 a6 ad 1).

D. —Nos hemos hecho un mundo artificial de entes de razón con el que intentamos sustituir el universo natural. Pensamos como si el mundo fuera un conjunto de entidades a las que caracterizamos con una serie de atributos que no tienen más que entidad mental y nos hacemos complicados sistemas con las relaciones de los valores de estos atributos. Por ejemplo hablamos de entidades como películas, bombillas, productores o lentes, a los que asignamos atributos como sensibilidad, potencia, contribución al producto nacional o distancia focal, que pueden tomar valores diversos como 21 Din, 60 wat, 10000 pts. o 5 centímetros. Con estos sistemas, lo mismo se descubren leyes físicas que se hacen modelos de gestión de empresas, pero siempre sistemas artificiales, de pura entidad mental cuyo fundamento real se ignora. La realidad se piensa como algo material, extenso y masificado; como una pasta endurecida que lo mismo puede tomar configuración de hombre que de pino, de caracol o de carácter lunar, pero siempre nada más que algo extenso que no se sabe lo que es, ni importa porque es imposible saberlo. Como si no hubiera más forma que el espíritu humano y la materia prima tuviera existencia actual y fuera la pasta de lo que todo está hecho que solo se mueve a impulsos del odio entre contrarios. Es un desastre: idealismo y materialismo se extienden esterilizando inteligencias en régimen explosivo exponencial.

F. —Lo que no puedo comprender es cómo siendo así que ya en mi época habíamos entendido muy bien el hylemorfismo del filósofo, haya resultado esa triste divergencia entre un materialismo que no sabe lo que es la materia prima y un idealismo que no conoce las formas naturales.

D. —Hubo un nefasto individuo, llamado Descartes, que deslumbrado por el poder de la fisicomatemática, poder que, por cierto, ya se lo reconocía el filósofo (Aristóteles, *Metafísica* M3 1078 a 20-25), se creyó con derecho a filosofar sin haber practicado otro grado de abstracción que el fisicomatemático. Empezó diciendo que él no creía más que las verdades verdaderamente verdaderas nos trascienden y nos subyugan dulcemente por su infinidad inagotable. Partió de lo que veía más

clara y distintamente: «Pienso, luego existo». Y se equivocó.

F. —Sí, más bien tendría que haber dicho: «Porque existo mucho, puedo pensar, a pesar de mi cuerpo material».

D. —Pero esto no se ve claro y distinto.

F. —Realmente cuesta mucho trabajo de introspección y estudio el llegar a comprender que el entendimiento agente del filósofo es esa luz de vida que hay en el hombre que le hace autopercibir su existencia en sus sensaciones.

camino equivocado y dividió el mundo en dos:

D. —Desviado en los principios siguió por su mente y extensión; espíritu y materia, pero sin distinguir grados de ser. Todo el universo material era para él una máquina y los animales también. El espíritu era el pensamiento del hombre. No se dio cuenta de la actualidad que hay en los cuerpos (S. Th. 1 q 115 a 1), ni de la vida, es decir del ser, que hay en los animales, ni pudo comprender que el alma humana vitaliza la materia prima con tal fuerza que la hace partícipe de operaciones intelectuales. Los que le creyeron, que han sido muchos, algunos aun sin saberlo, se han dividido en dos grupos; los materialistas que creen que no hay espíritu, y los idealistas que creen que las operaciones del espíritu no tienen nada que ver con otra realidad que no sea el espíritu mismo. Los primeros se imaginan las realidades físicas a base de ensuciar con representaciones sensibles y arbitrarias las abstracciones matemáticas en que consisten los sistemas fisicomatemáticos de que antes le hablaba, y los segundos, queriéndose mantener puros en sus abstracciones, dicen que la realidad es inalcanzable desde sus abstracciones que en realidad no son más que abstracciones fisicomatemáticas.

F. —Cuando uno no se humilla ante la Verdad,, queda esclavo de su imaginación, porque incluso los idealistas fracasan en su actividad filosófica, porque quieren salir de su prisión espacio-temporal con la ayuda de la imaginación, porque desconocen la fuerza del ser de su propio espíritu.

(Entonces me desperté.)

EL FALLO DEL LIBERALISMO

MICHEL FORMENTOUX

Liberal se le llamaba en otro tiempo a un hombre generoso que se complacía en dar; hoy el término evoca ante todo al hombre que acoge por principio todas las opiniones, todas las fantasías, todas las modas. La estima que en otro tiempo llevaba consigo a aquel que ejercía la caridad para con otras personas se ha traspasado al que se abre sin restricción a todas las ideologías, y es hasta tal punto verdad, que la sociedad contemporánea ha erigido en bien supremo la total libertad de pensar.

Cierto que siempre latente en el corazón de los hombres, esta ambición de sustraerse a todo dogma, a toda tradición, a toda referencia superior en materia de pensamiento, se desveló sobre todo en el siglo xvi. Lutero proclamó entonces el advenimiento del libre examen; cada uno podía interpretar a su manera la enseñanza divina. Se siguió el desgarrar de la Cristiandad, la Europa perdió su lenguaje común superior, los individualismos se desencadenaron, y los Estados se vieron obligados a ampararse en sus fronteras erigidas en fortalezas.

De todos modos, los países católicos pudieron escapar durante casi dos siglos a los efectos nefastos de la Reforma; la integridad de la fe continuaba proclamada, la noción de servicio venía salvaguardada por la alianza del poder y los hombres, en el seno de sus provincias las corporaciones, escapaban todavía al individualismo. El sentimiento de un bien común superior que garantizaba

la monarquía hereditaria en favor de la cual cada uno obraba en el ámbito de sus competencias, garantizaba desde arriba hasta abajo de la jerarquía social el sentido cristiano de la complementariedad entre los hombres, el ejercicio de libertades concretas propias a cada comunidad natural, el respeto a la experiencia recibida de los siglos, la fidelidad a la fe de los antepasados.

Pero, la Revolución de 1789 en el ámbito político y social el espíritu del libre examen... Se estableció un orden nuevo en la mayor parte de los países de Occidente que tenía por objeto no la garantía del bien común, sino la garantía de la libertad individual. Ciertamente que la palabra apareció algunos años después. En tiempo de la Restauración francesa, el liberalismo había nacido.

La decadencia de las Instituciones

Es preciso constatar hoy día que el liberalismo está en vías de usufructuar irremediamente el Estado. Este no tiene ninguna libertad de acción en función de las necesidades de salud pública, puesto que el individuo es rey, y que el poder de legislar proviene de los ciudadanos los cuales ejercen este derecho por intermedio de los partidos, esos nuevos feudos que se apoderan de los sufragios como escabel para saltar el poder. Ciertamente que después de algunos años se llega en algunos países a reforzar al ejecutivo, pero el Jefe del Estado no es libre, ya que elevado al poder por una parte de la

opinión, está totalmente desarmado ante los grupos de presión que presentenden representar la otra parte: no puede ni reprimir las actividades subversivas y anti-nacionales de estos últimos ya que el principio del liberalismo —la puesta en pie de todas las ideas— le prohíbe «señalar al enemigo».

Incapaz de cumplir su misión, el Estado liberal es todopoderoso, o sea, realmente totalitario, en los ámbitos que no son naturalmente competencia. En menos de dos siglos se ha entregado encarnizadamente no sólo a rehacer la sociedad, sino también al hombre mismo.

El objeto principal del Estado nacido de los principios de 1789 es —ya lo hemos dicho— velar para que todo ciudadano obre libremente, en soberanía. Ha sido preciso suprimir, o por lo menos neutralizar, todo lo que los siglos habían acumulado de instituciones, de costumbres y de comunidades que podían entorpecer al individuo de formarse por sí mismo su verdad. Así se emprendió una violenta campaña contra la Iglesia. Del mismo modo las comunidades tradicionadas crisol de virtudes altruistas y de libertades concretas, fueron suprimidas, así como las corporaciones profesionales, o mantenidas en tutela como «los comunes» y las escuelas, o miradas con desconfianza como las familias y los ejércitos. Destruyen así las referencias superiores y las solidaridades reales que podían formar como una pantalla entre los demagogos y el ciudadano. El régimen tenía necesidad de espíritus maleables.

No se podía favorecer más eficazmente el juego de propagandas subversivas y libertarias. Al mismo tiempo, se permitía que se insinuara la duda en el espíritu de las autoridades; los jefes naturales atacados por la administración, abandonados por un Estado que desconfiaba de ellos, llegan a olvidar que el ejercicio de la autoridad es, como todo servicio social, un deber. Así se ve hoy día, a padres de familia, prohombres, patronos, maestros, oficiales... abdicar ante no importa qué contestación y aún halagar los lobos que entran en el rebaño que están encargados de guardar. ¿Qué no harían ellos para mostrarse «al día»?

La traición de tantos clérigos de nuestra época de un raro ejemplo que no se podría explicar de otra manera: la Iglesia trabada en su misión por el Estado liberal, laico por definición, bastantes obispos y sacerdotes pensaron que el único medio de recobrar su ascendiente era acomodarse con el mundo nuevo, acogiendo, o sea integrando en su predicación las teorías más subversivas desde el momento que parecían atraer a la juventud.

¿Qué puede representar la moral en un Estado que no reconoce nada por encima de la voluntad del hombre y en que la Iglesia es neutralizada? Perdiendo su verdadero fundamento, tan pronto como se convierte en formalista, desecada, se hace permisiva y parece abandonada por un número de sus hijos.

El soporte del totalitarismo

¡Religión, moral, jerarquías naturales...; el Estado apoyado sobre los principios del libera-

lismo ha logrado suprimir la mayor parte de los obstáculos levantados por la naturaleza, la experiencia, el derecho de Dios, a la eclosión de una mentalidad liberal! A fin de sacudir a los incautos, el liberalismo contemporáneo se proclama de «tipo avanzado», apareciendo así como la respuesta a los problemas actuales y futuros de nuestro mundo. Bajo este aspecto... se quiere en verdad ocultar una verdadera parálisis de la voluntad. Incapaz de resistir al mal los gobiernos liberales creen poder obligar a los ciudadanos a acostumbrarse a él. La palabra totalitarismo no es demasiado fuerte para designar una tal política; hoy es preciso comprenderlo todo; excusarlo todo. ¡Desdichado el que no consiente en claudicar! Por lo menos será tratado de loco, pues la sociedad liberal pronta a excusar, lo es menos a perdonar: no tiene alma, ni dignidad, ni grandeza.

Condicionando el ciudadano actual se acostumbra a todo, incluso a la violencia; ante el aumento inquietante de la criminalidad, el liberal, cuyos principios impiden a firmar el derecho que tiene la nación a defenderse, nada firme e incontestable tiene que oponer. El régimen liberal es pues el soporte del totalitarismo que se aprovecha siempre cuando un pueblo se bastardea.

¡Este régimen no solamente permite, sino que acelera la corrupción de la sociedad! Bajo el pretexto de favorecer la libre disposición de cada individuo sobre su pensamiento y su cuerpo, una legislación permisiva disloca en pocas generaciones (mayor de edad a los 18 años, derecho a la píldora para las adolescentes...); la ley per-

mitiendo el aborto, prueba que la sociedad es invitada a gozar sin freno, riéndose de sus responsabilidades; el sentido de la responsabilidad es por otra parte embotado desde la escuela donde la cantidad de reformas, de métodos nuevos, de actividades socio-educativas proporcionan cada vez menos el gusto del esfuerzo y favorecen cada vez más una mentalidad de grupo, de masa. Notemos por fin que el liberalismo es incapaz de resolver un problema social sea el que sea: en una sociedad que se disloca a placer y donde cada uno es llamado a no pensar más que en sí, en su tranquilidad, dejando a los otros el cuidado de cargar sus propios cuidados, ¿cómo dar a los participantes —patronos, cuadros, obreros— el sentido de la complementariedad? La lucha de clases no puede sino envenenarse y preparar así «el futuro que pregonan»...

Será pues insensato contar que un liberalismo modernizado nos permitirá escapar a la subversión marxista: el desorden instituido no tiene talla para resistir los ardores satánicos de aquellos que ven la sociedad occidental caer entre sus manos como un fruto maduro. Lo que hace una sociedad fuerte, sana y capaz de duración, es en nuestro pasado cristiano donde hay que buscar la inspiración. Es en la doctrina social de la Iglesia que es preciso descubrir su planteamiento. Negador de todo lo que sobrepasa al individuo, el liberalismo es inepto para comprender las verdaderas finalidades de la vida y de la sociedad. Pues sin su conocimiento no hay sociedad digna del hombre.